



Rimas y Leyendas

Gustavo Adolfo Becquer



I

INTRODUCCIÓN SINFÓNICA

POR LOS TEMEROSOS RINCONES DE MI CEREBRO acurrucados y desnudos, duermen los extravagantes hijos de mi fantasía, esperando en silencio que el Arte los vista de la palabra, para poderse presentar decentes en la escena del mundo.

Fecunda, como el lecho de amor de la Miseria, y parecida a esos padres que engendran más hijos de los que pueden alimentar, mí Musa concibe y pare en el misterioso santuario de la cabeza, poblándola de creaciones sin número, a las cuales ni mi actividad ni todos los años que me restan de vida serían suficientes a dar forma.

Y aquí dentro, desnudos y deformes revueltos y barajados en indescriptible confusión, los siento a veces agitarse y vivir con una vida oscura y extraña, semejante a las de esas miríadas de gérmenes que hierven y se estremecen en una eterna incubación, dentro de las entrañas de la tierra, sin encontrar fuerzas bastantes para salir a la superficie y convertirse, al beso del sol, en flores y frutos.

Conmigo van, destinados a morir conmigo, deja un sueño de

la medianoche, que a la mañana no puede recordarse. En algunas ocasiones y ante esta idea, terrible, se subleva en ellos el instinto de vida, y agitándose en terrible, aunque silencioso tumulto, buscan un tropel por dónde salir a la luz de las tinieblas en que viven. Pero ¡ay!, que entre el mundo de la idea y el de la forma existe un abismo, que sólo puede salvar la palabra, y la palabra, tímida y perezosa, se niega a secundar sus esfuerzos. Mudos, sombríos e impotentes, después de la inútil lucha, vuelven a caer en su antiguo marasmo. Tal caen inertes en los surcos de las sendas, si cae el viento, las hojas amarillas que levantó el remolino.

Estas sediciones de los rebeldes hijos de la imaginación explican algunas de mis fiebres ellas son la causa, desconocida para la ciencia, de mis exaltaciones y mis abatimientos. Y así, aunque mal, vengo viviendo hasta aquí, paseando por entre la indiferente multitud esta silenciosa tempestad de mi cabeza. Así vengo viviendo; pero todas las cosas tienen un término, y a éstas hay que ponerles punto.

El insomnio y la Fantasía siguen y siguen procreando en monstruoso maridaje. Sus creaciones, apretadas ya como las raquílicas plantas de un vivero, pugnan por dilatar su fantástica existencia, disputándose los átomos de la memoria como el escaso jugo de una tierra estéril. Necesario es abrir paso a las aguas profundas, que acabarán por romper el dique, diariamente aumentadas por un manantial vivo.

¡Andad, pues; andad y vivid con la única vida que puedo daros! Mi inteligencia os nutrirá lo suficiente para que seáis palpables. Os vestirá aunque sea de harapos, lo bastante para que no se avergüence vuestra desnudez. Yo quisiera forjar para cada uno de vosotros una maravillosa estrofa tejida de frases exquisitas, en la que os pudiérais envolver con orgullo, como en un manto de púrpura. Yo quisiera poder cincelar la forma que ha de conteneros, como se cincela el vaso de oro que ha de guardar un preciado perfume. ¡Mas es imposible!

No obstante, necesito descansar, necesito, del mismo modo que se sangra el cuerpo por cuyas hinchadas venas se precipita la sangre con pletórico empuje, desahogar el cerebro, insuficiente a contener tantos absurdos.

Quedad, pues, consignados aquí, como la estela nebulosa que señala el paso de un desconocido cometa; como los átomos dispersos de un mundo en embrión que aventaja por el aire la muerte antes que su Creador haya podido pronunciar el Fiat Lux que separa la claridad de las sombras.

No quiero que en mis noches sin sueño volváis a pasar por delante de mis ojos, en extravagante procesión, pidiéndome con gestos y contorsiones que os saque a la vida de la realidad del limbo en que vivís semejantes a fantasmas sin consistencia. No quiero que al romperse esta arpa vieja y cascada ya se pierdan, a la vez que el instrumento, las ignoradas notas que contenía. Deseo ocuparme un poco del mundo que me rodea, pudiendo, una vez vacío, apartar los ojos de este otro mundo que llevo dentro de la cabeza. El sentido común, que es la barrera de los sueños, comienza a flaquear, y las gentes de diversos campos se mezclan y se confunden. Me cuesta trabajo saber qué cosas he soñado y cuáles me han sucedido: mis afectos se reparten entre fantasmas de la imaginación y personajes reales; mi memoria clasifica revueltos nombres y fechas de mujeres y días que han muerto o han pasado con los de días y mujeres que no han existido sino en mi mente. Preciso es acabar arrojándolos de la cabeza de una vez para siempre.

Si morir es dormir, quiero dormir en paz en la noche de la Muerte, sin que vengáis a ser mi pesadilla, maldiciéndome por haberos condenado a la nada antes de haber nacido. Id, pues, al mundo, a cuyo contacto fuisteis engendrados, y quedad en él como el eco que encontraron en un alma que por la tierra sus alegrías y sus dolores, sus esperanzas y sus luchas.

Tal vez muy pronto tendré que hacer la maleta para el gran

viaje: de una hora a otra puede desligarse el espíritu de la materia para remontarse a regiones más puras. No quiero, cuando esto suceda, llevar conmigo, como el abigarrado equipaje de un saltimbanquí, el tesoro de oropeles y guñapos que ha ido acumulando la fantasía en los desvanes del cerebro.

Gustavo Adolfo Becquer

RIMAS

I

Yo sé un himno gigante y extraño
que anuncia en la noche del alma una aurora,
y estas páginas son de ese himno
cadencias que el aire dilata en las sombras.

Yo quisiera escribirlo, del hombre
demando el rebelde, mezquino idioma,
con palabras, que fuesen a un tiempo
suspiros y risas, colores y notas.

Pero en vano es luchar; que no hay cifra
capaz de encerrarlo, y apenas, ¡oh, hermosa!
si, teniendo en mis manos las tuyas,
pudiera al oído, cantártelo a solas.

II

Saeta que voladora
cruza, arrojada al azar
sin adivinarse dónde
temblando se clavará;

hoja que del árbol seca
arrebata el vendaval,
sin que nadie acierte el surco
donde a caer volverá;

gigante ola que el viento
riza y empuja en el mar
y rueda y pasa, y no sabe
qué playa buscando va;

luz que en cercos temblorosos
brilla, próxima a expirar,
ignorándose cuál de ellos
el último brillará;

ese soy yo, que al ocaso
cruzo el mundo, sin pensar
de dónde vengo, ni adónde
mis pasos me llevarán.

III

Sacudimiento extraño
que agita las ideas,
como huracán que empuja
las olas en tropel;

murmullo que en el alma
se eleva y va creciendo,
como volcán que sordo
anuncia que va a arder,

deformes siluetas
de seres imposibles;
paisajes que aparecen
como a través de un tul;

colores que fundiéndose
remedan en el aire
los átomos del Iris,
que nadan en la luz;

ideas sin palabras,
palabras sin sentido;
cadencias que no tienen
ni ritmo ni compás;

memorias y deseos
de cosas que no existen;
accesos de alegría,
impulsos de llorar;

actividad nerviosa
que no halla en qué emplearse;
sin rienda que lo guíe
caballo volador;

locura que el espíritu
exalta y enardece;
embriaguez divina
del genio creador...
¡Tal es la inspiración!

Gigante voz que el caos
ordena en el cerebro,

y entre las sombras hace
la luz aparecer;

brillante rienda de oro
que poderosa enfrena
de la exaltada mente
el volador corcel;

hilo de luz que en haces
los pensamientos ata;
sol que las nubes rompe
y toca en el cenit;

inteligente mano
que en un collar de perlas
consigue las indóciles
palabras reunir;

armonioso ritmo
que con cadencia y número
las fugitivas notas
encierra en el compás;

cincel que el bloque muerde
la estatua modelando
y la belleza plástica
añade a la ideal;

atmósfera en que giran
con orden las ideas,
cual átomos que agrupa
recóndita atracción;

raudal en cuyas ondas
su sed de fiebre apaga;
oasis que al espíritu
devuelve su vigor...
¡Tal es nuestra razón!

Con ambas siempre hay lucha
y de ambas vencedor,
tan sólo el genio puede
a un yugo atar las dos.

IV

No digáis que agotado su tesoro,
de asuntos falta, enmudeció la lira;
podrá no haber poetas; pero siempre
habrá poesía

Mientras las ondas de la luz al beso
palpiten encendidas;
mientras el sol las desgarradas nubes
de fuego y oro vista;
mientras el aire en su regazo lleve
perfumes y armonías;
mientras haya en el mundo primavera,
¡habrá poesía!

Mientras la ciencia a escribir no alcance
las fuentes de la vida,
y en el mar o en el cielo haya un abismo
que el cálculo resista;
mientras la humanidad siempre avanzando
no sepa a do camina,

mientras haya un misterio para el hombre,
¡habrá poesía!

Mientras sintamos que se alegra el alma,
sin que los labios rían;

mientras se llora que el llanto acuda
a nublar la pupila;
mientras el corazón y la cabeza
batallando prosigan;
mientras haya esperanza y recuerdos;
¡habrá poesía!

Mientras haya unos ojos que reflejen
los ojos que lo miran;
mientras responda el labio suspirando
al labio que suspira;
mientras sentirse puedan en un beso
dos almas confundidas;
mientras exista una mujer hermosa,
¡habrá poesía!

V

Espíritu sin nombre,
indefinible esencia,
yo vivo con la vida
sin formas de la idea.

Yo nado en el vacío,
del sol tiemblo en la hoguera,
palpito entre las sombras
y flóto con las nieblas.

Yo soy el fleco de oro
de la lejana estrella,
yo soy de la alta luna
la luz tibia y serena.

Yo soy la ardiente nube
que en el ocaso ondea;
yo soy del astro errante
la luminosa estela.

Yo soy nieve en las cumbres,
soy fuego en las arenas,
azul onda en los mares
y espuma en las riberas.

En el laúd soy nota,
perfume en la violeta,
fugaz llama en las tumbas
y en las ruinas hiedra.

Yo atrueno en el torrente
y silbo en la centella,
y ciego en el relámpago
y rujo en la tormenta.

Yo fío en los alcores,
susurro en la alta hierba,
suspiro en la onda pura
y lloro en la hoja seca.

Yo ondulo con los átomos
del humo que se eleva
y al cielo lento sube
en espiral inmensa.

Yo en los dorados hilos
que los insectos cuelgan,
me mezo entre los árboles
era la ardorosa siesta

Yo corro tras las ninfas
que en la corriente fresca
del cristalino arroyo
desnudas juegan.

Yo en bosques de corales,
que alfombran blancas perlas,
persigo en el océano
las náyades ligeras.

Yo, en las cavernas cóncavas,
do el sol nunca penetra
mezclándome a los nomos
contemplo sus riquezas.

Yo busco de los siglos
las ya borradas huellas,
y sé de esos imperios
de que ni el nombre queda.

Yo sigo en rauda vértigo
los mundos que voltean
y mi pupila abarca la creación entera.

Yo sé de esas regiones
a do un rumor no llega,
y donde informes astros
de vida un soplo esperan.

Yo soy sobre el abismo
el puente que atraviesa;
yo soy la ignota escala
que el cielo une a la tierra.

Yo soy el invisible
anillo que sujeta
el mundo de la forma
al mundo de la idea.

Yo, en fin, soy ese espíritu,
desconocida esencia,
perfume misterioso,
de que es vaso el poeta.

VI

Como la brisa que la sangre orea
sobre el oscuro campo de batalla,
cargada de perfumes y armonías
en el silencio de la noche vaga;

símbolo del dolor y la ternura,
del bardo inglés en el horrible drama,
la dulce Ofelia, la razón perdida,
cogiendo flores y cantando pasa.

VII

Del salón en el ángulo obscuro,
de su dueño tal vez olvidada,
silenciosa y cubierta de polvo
véase el arpa.

¡Cuánta nota dormía en sus cuerdas
 como el pájaro duerme en las ramas,
 esperando la mano de nieve
 que sabe arrancarlas!
 ¡Ay!, pensé ¡cuántas veces el genio
 así duerme en el fondo del alma!
 y una voz, como Lázaro, espera
 que le diga: “¡Levántate y anda!”

VIII

Cuando miro el azul horizonte
 perderse a lo lejos
 a través de una gasa de polvo
 dorado e inquieto,
 me parece posible arrancarme
 del mísero suelo,
 y flotar con la niebla dorada
 en átomos leves
 cual ella deshecho.
 Cuando miro de noche en el fondo
 oscuro del cielo
 las estrellas temblar, como ardientes
 pupilas de fuego,
 me parece posible a do brillan
 subir en un vuelo,
 y anegarme en su luz, y con ellas
 en lumbre encendido
 fundirme en un beso.
 En el mar de la duda en que bogo
 ni aun sé lo que creo:
 ¡sin embargo, estas ansias me dicen
 que yo llevo algo
 divino aquí dentro...!

IX

Besa el aura que gime blandamente
 las leves ondas que jugando riza;
 el sol besa a la nube en occidente
 y de púrpura y oro la matiza;
 la llama en derredor del tronco ardiente
 por besar a otra llama ser desliza,
 y hasta el sauce, inclinándose a su peso,
 al río que le besa, vuelve un beso.

X

Los invisibles átomos del aire
 en derredor palpitan y se inflaman;

 el cielo se deshace en rayos de oro;
 la tierra se estremece alborozada;
 oigo flotando en olas de armonía
 rumor de besos y batir de alas:
 mis párpados se cierran ...¿Qué sucede?
 “¡Es el amor que pasa!”

XI

Yo soy ardiente, yo soy morena,
 yo soy el símbolo de la pasión
 de ansia de goces mi alma está llena.
 ¿A mí me buscas? “No es a ti, no”.

Mi frente es pálida; mis trenzas de oro;
 puedo brindarte dichas sin fin;
 yo de ternura guardo un tesoro.
 ¿A mí me llamas? “No, no es a ti”.

Yo soy un sueño, un imposible,
vano fantasma de niebla y luz;
soy incorpórea, soy intangible;
no puedo amarte. “¡Oh, ven; ven tú!”

XII

Porque son, niña, tus ojos
verdes como el mar, te quejas;
verdes los tienen las náyades,
verdes los tuvo Minerva,
y verdes son las pupilas
de las hurís del profeta.

El verde es gala y ornato
del bosque en la primavera;
entre sus siete colores
brillante el Iris lo ostenta.

Las esmeraldas son verdes,
verde el color del que espera
y las ondas del océano;
y el laurel de los poetas.

Es tu mejilla temprana
rosa de escarcha cubierta
en que el carmín de los pétalos
se ve al través de las perlas.

Y, sin embargo,
sé que te quejas,
porque tus ojos
crees que la afean;

pues, no lo creas;
que parecen tus pupilas,
húmedas, verdes e inquietas,
tempranas hojas de almendro,
que al soplo del aire tiemblan.

Es tu boca de rubíes
purpúrea granada abierta,
que en el estío convida
a apagar la sed en ella.

Y, sin embargo,
sé que te quejas,
porque tus ojos
crees que la afean;
Pues, no lo creas;
que parecen, si enojadas
tus pupilas centellean,
las olas del mar que rompen
en las cantábricas peñas.

Es tu frente que corona
crespo el oro en ancha trenza,
nevada cumbre en que el día
su postrera luz refleja.

Y, sin embargo,
sé que te quejas,
porque tus ojos
crees que la afean;
pues, no lo creas;
que, entre las rubias pestañas,
junto a las sienes, semejan

broches de esmeralda y oro,
que un blanco armiño sujetan.

XIII

Tu pupila es azul, y cuando ríes,
su claridad suave me recuerda
el trémulo fulgor de la mañana
que en el mar se refleja.

Tu pupila es azul, y cuando lloras,
las transparentes lágrimas en ellas
se me figuran gotas de rocío
sobre una violeta.

Tu pupila es azul, y cuando lloras,
como un punto de luz radia una idea,
me parece en el cielo de la tarde
¡una perdida estrella!

XIV

Te vi un punto, y, flotando ante mis ojos,
la imagen de tus ojos se quedó,
como la mancha oscura, orlada en fuego,
que flota y ciega si se mira al sol.

Adondequiera que la vista fijo,
torno a ver sus pupilas llamear;
mas no te encuentro a ti, que es tu mirada:
unos ojos, los tuyos, nada más.

De mi alcoba en el ángulo los miro
desasidos fantásticos lucir;
cuando duermo los siento que se ciernen
de par en par abiertos sobre mí.

Yo sé que hay fuegos fatuos que en la noche
llevan al caminante a perecer:
yo me siento arrastrado por tus ojos
pero a donde me arrastran, no lo sé.

XV

Senda flotante de leve bruma,
rizada cinta de blanca espuma,
rumor sonoro
de arpa de oro,
beso del aura, onda de luz,
eso eres tú.

Tú, sombra aérea, que cuantas veces
voy a tocarte, te desvaneces
como la llama, como el sonido,
como la niebla, como el gemido
del lago azul.

En mar sin playas onda sonante,
en el vacío cometa errante,
largo lamento.

Del ronco viento,
ansia perpetua de algo mejor,
eso soy yo.

¡Yo, que a tus ojos, en mi agonía
 los ojos vuelvo de noche y día;
 yo, que incansable corro demente
 tras una sombra, tras la hija ardiente
 de una visión!

XVI

Si al mecer las azules campanillas
 de tu balcón,
 crees que suspirando pasa el viento
 murmurador,
 sabe que, oculto entre las verdes hojas,
 suspiro yo.

Si al resonar confuso a tus espaldas
 vago rumor,
 crees que por tu nombre te ha llamado
 lejana voz,
 sabe que, entre las sombras que te cercan,
 te llamo yo.
 Si se turba medroso en la alta noche
 tu corazón,
 al sentir en tus labios un aliento
 abrasador,
 sabe que, aunque invisible, al lado tuyo
 respiro yo

XVII

Hoy la tierra y los cielos me sonríen;
 hoy llega al fondo de mi alma el sol;
 hoy la he visto..., la he visto y me ha mirado.
 ¡Hoy creo en Dios!

XVIII

Fatigada del baile,
 encendido el color, breve el aliento,
 apoyada en mi brazo,
 del salón se detuvo en un extremo.

Entre la leve gasa
 que levantaba el palpitante seno,
 una flor se mecía
 en compasado y dulce movimiento.
 Como en cuna de nácar
 que empuja el mar y que acaricia el céfiro,
 tal vez allí dormía
 al soplo de sus labios entreabiertos.

¡Oh! ¡Quién así, pensaba,
 dejar pudiera deslizarse el tiempo!
 ¡Oh, si las flores duermen,
 que dulcísimo sueño!

XIX

Cuando sobre el pecho inclinas
 la melancólica frente,
 una azucena tronchada
 me pareces.

Porque al darte la pureza,
 de que es símbolo celeste,
 como a ella te hizo Dios
 de oro y nieve.

XX

Sabe, si alguna vez tus labios rojos
 quema invisible atmósfera abrasada,
 que el alma que hablar puede con los ojos
 también puede besar con la mirada.

XXI

¿Qué es poesía? dices mientras clavas
 en mi pupila tu pupila azul;
 ¿Qué es poesía? ¿Y tú me lo preguntas?
 Poesía... eres tú

XXII

¿Cómo vive esa rosa que has prendido
 junto a tu corazón?
 Nunca hasta ahora contemplé en la tierra
 sobre el volcán la flor.

XXIII

Por una mirada, un mundo;
 por una sonrisa, un cielo,
 por un beso,.. ¡yo no sé
 qué te diera por un beso!

XXIV

Dos rojas lenguas de fuego
 que a un mismo tronco entrelazadas
 se aproximan, y al besarse
 forman una sola llama;

dos notas que del laúd
 a un tiempo la mano arranca
 y en el espacio se encuentran y
 armoniosas se abrazan;

dos olas que vienen juntas
 a morir sobre una playa,
 y que al romper se coronan
 con un penacho de plata;

dos jirones de vapor
 que del lago se levantan
 y al juntarse allí en el cielo
 forman una nube blanca;

dos ideas que al par brotan,
 dos besos que a un tiempo estallan,
 dos ecos que se confunden...
 eso son nuestras dos almas.

XXV

Cuando en la noche te envuelven
 las alas de tul del sueño,
 y tus tendidas pestañas
 semejan arcos de ébano;
 por escuchar los latidos
 de tu corazón inquieto,
 y reclinar tu dormida
 cabeza sobre mi pecho
 diera, alma mía,
 cuanto poseo:
 ¡la luz, el aire
 y el pensamiento!

Cuando se clavan tus ojos
 en un invisible objeto,
 y tus labios ilumina
 de una sonrisa el reflejo;
 por leer sobre tu frente
 el callado pensamiento
 que pasa como la nube
 del mar sobre el ancho espejo,
 diera, alma mía,
 cuanto deseo:
 ¡la fama, el oro,
 la gloria, el genio!

Cuando enmudece tu lengua
 y se apresura tu aliento,
 y tus mejillas se encienden,
 y entornas tus ojos negros;
 por ver entre sus pestañas
 brillar con húmedo fuego
 la ardiente chispa que brota
 del volcán de los deseos,
 diera, alma mía,
 por cuanto espero,
 ¡la fe, el espíritu,
 la tierra, el cielo!

XXVI

Voy contra mi interés al confesarlo;
 pero yo, amada mía,
 pienso, cual tú, que una oda sólo es buena
 de un billete de banco al dorso escrita.
 No faltará algún necio que al oírlo
 se haga cruces y diga:

“–Mujer, al fin, del siglo diecinueve,
 material y prosaica...” ¡Bobería!
 ¡Voces que hacen correr cuatro poetas
 que en invierno se embozan con la lira!
 ¡Ladridos de los perros a la luna!
 Tú sabes y yo sé que en esta vida,
 con genio, es muy contado quien la escribe,
 y con oro, cualquiera hace poesía.

XXVII

Despierta, tiemblo al mirarte;
 dormida, me atrevo a verte;
 por eso, alma de mi alma
 yo velo mientras tu duermes.
 Despierta ríes y al reír, tus labios
 inquietos me parecen
 relámpagos de grana que serpean
 sobre un cielo de nieve.

Dormida, los de tu boca
 pliegan sonrisa leve,
 suave corra el rastro luminoso
 que deja un sol que muere
 “¡Duerme!”

Despierta miras, y al mirar, tus ojos
 húmedos resplandecen
 como la onda azul, en cuya cresta
 chispeando el sol hiere.
 Al través de tus párpados, dormida,
 tranquilo fulgor viertes,
 cual derrama de luz templado rayo
 lámpara transparente...
 “¡Duerme!”

Despierta hablas, y al hablar, vibrantes,
 tus palabras parecen
 lluvia de perlas que en dorada copa
 se derrama a torrentes.

Dormida, en el murmullo de tu aliento
 acompasado y tenue,
 escucho yo un poema que mi alma
 enamorada entiende...
 “¡Duerme!”

Sobre el corazón la mano
 me he puesto porque no suene
 su latido, y de la noche
 turbe la calma solemne.

De tu balcón las persianas
 cerré ya, porque no entre
 el resplandor enojoso
 de la aurora, y te despierte...
 “¡Duerme!”

XXVIII

Cuando entre la sombra oscura
 perdida una voz murmura
 turbando su triste calma
 si en el fondo de mi alma,
 la oigo dulce resonar;
 dime: ¿es que el viento en sus giros
 se queja, o que tus suspiros
 me hablan de amor al pasar?

Cuando el sol en mi ventana
 rojo brilla a la mañana
 y mi amor tu sombra evoca,
 si en mi boca de otra boca
 sentir creo la impresión;
 dime: ¿es que ciego deliro,
 o que un beso en un suspiro
 me envía tu corazón?

Si en el luminoso día
 y en la alta noche sombría:
 si en todo cuanto rodea
 al alma que te desea
 te creo sentir y ver;
 dime: ¿es que toco y respiro
 soñando, o que en un suspiro
 me das tu aliento a beber?

XXIX

Sobre la falda tenía
 el libro abierto;
 en mi mejilla tocaban
 sus rizos negros;
 no veíamos las letras
 ninguno, creo;
 mas guardábamos entrambos
 hondo silencio.
 ¿Cuánto duró? Ni aun entonces
 pude saberlo;
 sólo sé que no se oía
 más que el aliento,
 que apresurado escapaba
 del labio seco.

Sólo sé que nos volvimos
los dos a un tiempo
y nuestros ojos se hallaron,
y sonó un beso.

Creación de Dante era el libro,
era su Infierno.
Cuando a él bajamos los ojos,
yo dije trémulo:
“¿Comprendes ya que un poema
cabe en un verso?”
Y ella respondió encendida:
“¡Ya lo comprendo!”

XXX

Asomaba a sus ojos una lágrima
a mi labio una frase de perdón;
habló el orgullo y se enjugó su llanto,
y la frase en mis labios expiró.
Yo voy por un camino, ella por otro;
pero al pensar en nuestro mutuo amor
yo digo aún: “¿Por qué callé aquel día?”
y ella dirá: “¿Por qué no lloré yo?”

XXXI

Nuestra pasión fue un trágico sainete,
en cuya absurda fábula
lo cómico y lo grave confundidos
risas y llanto arrancan.
Pero fue lo peor de aquella historia
que al fin de la jornada,
a ella tocaron lágrimas y risas,
¡y a mí sólo las lágrimas!

XXXII

Pasaba arrolladora en su hermosura,
y el paso le dejé:
ni aun a mirarla me volví, y no obstante
algo a mi oído murmuró: “Esa es.”

¿Quién reunió la tarde a la mañana?
Lo ignoro: sólo sé
que en una breve noche de verano
se unieron los crepúsculos, y... “fue”.

XXXIII

Es cuestión de palabras, y no obstante
ni tú ni yo jamás,
después de lo pasado, convendremos
en quien la culpa está.
¡Lástima que el amor un diccionario
no tenga donde hallar
cuándo el orgullo es simplemente orgullo,
y cuándo es dignidad!

XXXIV

Cruza callada y son sus movimientos
silenciosa armonía;
suenan sus pasos, y al sonar, recuerdan
del himno alado la cadencia rítmica.

Los ojos entreabre, aquellos ojos
tan claros como el día,
y la tierra y el cielo, cuanto abarcan,

arden con nueva luz en sus pupilas.
 Ríe, y su carcajada tiene notas
 del agua fugitiva;
 llora, y es cada, lágrima un poema
 de ternura infinita.

Ella tiene la luz, tiene el perfume,
 el calor y la línea,
 la forma, engendradora de deseos,
 la expresión, fuente eterna de poesía.

¿Que es estúpida...? ¡Bah!, mientras, callando
 guarde oscuro el enigma,
 siempre valdrá, a mi ver, lo que ella calla
 más que lo que cualquiera otra me diga.

XXXV

¡No me admiró tu olvido! Aunque un día
 me admiró tu cariño mucho más;
 porque lo que hay en mí, que vale algo,
 eso... ¡ni lo pudiste sospechar!

XXXVI

Si de nuestros agravios en un libro
 se escribiese la historia,
 y se borrara en nuestras almas cuanto
 se borrara en sus hojas,
 te quiero tanto aún, dejé en pecho
 tu amor huellas tan hondas,
 que sólo con que tú borras una,
 ¡las borraba yo todas!

XXXVII

Antes que tú me moriré: escondido
 en las entrañas ya
 el hierro llevo con que abrió tu mano
 la ancha herida mortal.
 Antes que tú me moriré: y mi espíritu,
 en su empeño tenaz, sentándose a las puertas de la
 muerte,
 allí te esperará.
 Con las horas los días, con los días los años volarán,
 y a aquella puerta llamarás al cabo...
 ¿Quién deja de llamar?
 Entonces, que tu culpa y tus despojos
 la tierra guardará,
 lavándote en las ondas de la muerte
 como en otro Jordán;
 Allí donde el murmullo de la vida
 temblando a morir va,
 como la ola a la playa viene
 silenciosa a expirar;
 allí, donde el sepulcro que se cierra
 abre una eternidad...
 ¡Todo cuanto los dos hemos callado lo tenemos que
 hablar!

XXXVIII

Los suspiros son aire, y van al aire.
 Las lágrimas son agua, y van al mar.
 Dime, mujer: cuando el amor se olvida,
 ¿sabes tú a dónde va?

XXXIX

Lo que el salvaje que con torpe mano
hace de un tronco a su capricho un dios,
y luego ante su obra se arrodilla,
eso hicimos tú y yo.

Dimos formas reales a un fantasma,
de la mente, ridícula invención,
y hecho el ídolo ya,
sacrificamos en su altar nuestro amor.

XL

Su mano entre mis manos,
sus ojos en mis ojos,
la amorosa cabeza
apoyada en mi hombro,
¡Dios sabe cuantas veces,
con paso perezoso,
hemos vagado juntos
bajo los altos olmos
que de su casa prestan
misterio y sombra al pórtico!
Y ayer... un año
apenas, pasado como un sople,
con qué exquisita gracia,
con qué admirable aplomo,
me dijo al presentarnos
un amigo oficioso:
“Creo que en alguna parte
he visto a usted” ¡Ah, bobos,
que sois de los salones
comadres de buen tono,

y andáis por allí a caza
de galantes embrollos!
¡Qué historia habéis perdido!
¡Qué manjar tan sabroso!
para ser devorado “sotto voce” en un corro,
detrás del abanico
de plumas y de oro.

¡Discreta y casta luna,
copudos y altos olmos,
paredes de su casa,
umbrales de su pórtico,
callad, y que el secreto
no salga de vosotros!
Callad; que por mi parte
lo he olvidado todo:
y ella..., ella..., ¡no hay máscara
semejante a su rostro!

XLI

Tú eras el huracán, y yo la alta
torre que desafía su poder:
¡tenías, que estrellarte o abatirme!
¡No pudo ser!
Tú eras el oceano, y yo la enhiesta
roca que firme aguarda a su vaivén:
¡tenías que romperte o que arrancarme...!
¡No pudo ser!
Hermosa tú, yo altivo; acostumbrados
uno a arrollar, el otro a no ceder;
la senda estrecha, inevitable el choque...
¡No pudo ser!

XLII

Cuando me lo contaron sentí el frío
 de una hoja de acero en las entrañas;
 me apoyé contra el muro, y un instante
 la conciencia perdí de dónde estaba.
 Cayó sobre mi espíritu la noche;
 en ira y en piedad se anegó el alma...
 ¡Y entonces comprendí por qué se llora,
 y entonces comprendí por qué se mata!
 Pasó la nube de dolor..., con pena
 logré balbucear breves palabras...
 ¿Quién me dio la noticia ... ? Un fiel amigo.
 ¡Me hacía un gran favor...! Le di las gracias.

XLIII

Dejé la luz a un lado, y en el borde
 de la revuelta cama me senté.
 Mudo, sombrío, la pupila inmóvil
 clavada en la pared.
 ¿Qué tiempo estuve así? No sé: al dejarme
 la embriaguez horrible del dolor,
 expiraba la luz, y en mis balcones
 reía el sol;
 Ni sé tampoco en tan horribles horas
 en qué pensaba o qué pasó por mí;
 sólo recuerdo que lloré y maldije,
 y que en aquella noche envejecí.

XLIV

Como en un libro abierto
 leo de tus pupilas en el fondo;
 ¿a qué fingir el labio
 risas que se desmienten con los ojos?
 ¡Llora! No te avergüences
 de confesar que me quisiste un poco.
 ¡Llora; nadie nos mira!
 Ya ves: soy un hombre... ¡y también lloro!

XLV

En la clave del arco mal seguro,
 cuyas piedras el tiempo enrojeció
 obra de cincel rudo, campeaba
 el gótico blasón.

Penacho de su yelmo de granito,
 la hiedra que colgaba en derredor
 daba sombra al escudo, en que una mano
 tenía un corazón.

A contemplarlo en la desierta plaza,
 nos paramos los dos:
 Y “ése, me dijo, es el cabal emblema
 de mi constante amor”.

¡Ay!, es verdad lo que me dijo entonces:
 verdad que el corazón
 lo llevará en la mano... en cualquier parte...
 pero en el pecho, no.

XLVI

Tú aliento es el aliento de las flores,
 tu voz es de los cisnes la armonía;
 es tu mirada el esplendor del día,
 y el color de la rosa es tu color.
 Tú prestas nueva vida y esperanza
 a un corazón para el amor ya muerto:
 tú creces de mi vida en el desierto
 como crece en un páramo la flor.

XLVII

Yo me he asomado a las profundas simas
 de la tierra y del cielo,
 y les he visto el fin o con los ojos
 o con el pensamiento.

Mas, ¡ay! de un corazón llegué al abismo,
 y me incliné por verlo,
 y mi alma y mis ojos se turbaron:
 ¡tan hondo era y tan negro!

XLVIII

Alguna vez la encuentro por el mundo
 y pasa junto a mí;
 y pasa sonriéndose, y yo digo:
 “¿Cómo puede reír?”
 Luego asoma a mi labio otra sonrisa,
 máscara del dolor,
 y entonces pienso: “¡Acaso ella se ríe
 como me río yo!”

XLIX

¿A qué me lo decís? Lo sé: es mudable,
 es altanera y vana y caprichosa;
 antes que el sentimiento de su alma
 brotara el agua de la estéril roca.

Sé que en su corazón, nido de sierpes,
 no hay una fibra que al amor responda;
 que es una estatua inanimada...; pero...
 ¡es tan hermosa!

L

De lo poco de vida que me resta
 diera con gusto los mejores años,
 por saber lo que a otros de mí has hablado.
 Y esta vida mortal... y de la eterna
 lo que me toque, si me toca algo,
 por saber lo que a solas
 de mí has pensado.

LI

Olas gigantes, que os rompéis bramando
 en las playas desiertas y remotas,
 envuelto entre las sábanas de espuma,
 ¡llevadme con vosotras!,
 Ráfagas de huracán que arrebatáis
 del alto bosque las marchitas hojas,
 arrastrando en el ciego torbellino,
 ¡llevadme con vosotras!
 Nubes de tempestad, que rompe el rayo

Y en fuego ornáis las desprendidas orlas
 arrebatado entre la niebla oscura,
 ¡llevadme con vosotras!
 Llevadme, por piedad, a donde el vértigo
 con la razón me arranque la memoria...
 ¡Por piedad! ¡Tengo miedo de quedarme
 con mi dolor a solas!

LII

Volverán las oscuras golondrina,
 en tu balcón sus nidos a colgar,
 y otra vez con el ala a sus cristales
 jugando llamarán;
 pero aquellas que el vuelo refrenaban
 tu hermosura y mi dicha al contemplar,
 aquellas que aprendieron nuestros nombres,
 esas... ¡no volverán!

Volverán las tupidas madre selvas
 de tu jardín las tapias a escalar,
 y otra vez a la tarde, aún más hermosas,
 sus flores se abrirán;
 pero aquellas cuajadas de rocío,
 cuyas gotas mirábamos temblar
 y caer, como lágrimas del día...
 esas... ¡no volverán!

Volverán del amor en tus oídos
 las palabras ardientes a sonar;
 tu corazón de su profundo sueño
 tal vez despertará;
 pero mudo y absorto y de rodillas,

como se adora a Dios ante su altar,
 como yo te he querido... desengáñate,
 ¡así no te querrán!

LIII

Cuando volvemos las fugaces horas
 del pasado a evocar,
 temblando brilla en sus pestañas negras
 una lágrima pronta a resbalar.
 Y al fin resbala, y cae como una gota
 de rocío, al pensar
 que, cual hoy por ayer, por hoy mañana,
 volveremos los dos a suspirar.

LIV

Entre el discorde estruendo de la orgía
 acarició mi oído,
 como nota de música lejana
 el eco de su suspiro.
 El eco de un suspiro que conozco,
 formado de un aliento que ha bebido
 perfume de una flor que oculta crece
 en su claustro sombrío.
 Mi adorada de un día, cariñosa,
 “¿en qué piensas?”, me dijo.
 “En nada...” “¿En nada, y lloras?” “Es que tienes
 alegre la tristeza y triste el vino”.

LV

Hoy, como ayer, mañana como hoy,
y ¡siempre igual!

Un cielo gris un horizonte eterno,
y ¡andar..., andar!

Moviéndose a compás, como una estúpida
máquina, el corazón;
la torpe inteligencia, del cerebro
dormida en un rincón.

El alma, que ambiciona un paraíso,
buscándolo sin fe;
fatiga sin objeto, ola que rueda
ignorando por qué.

Voz que incesante con el mismo tono
canta el mismo cantar;
gota de agua monótona que cae,
y cae sin cesar.

Así van deslizándose los días
unos de otros en pos,
hoy lo mismo que ayer..., y todos ellos
sin goce ni dolor.

¡Ay!, a veces me acuerdo suspirando
del antiguo sufrir..
Amargo es el dolor, ¡pero siquiera
padecer es vivir.

LVI

¿Quieres que de ese néctar delicioso
no te amargue la hez?
pues aspírale, acércale a tus labios,
y déjale después.
¿Quieres que conservemos una dulce
memoria de este amor?
Pues amémonos hoy mucho, y mañana
digámonos ¡adiós!

LVII

Yo sé cuál el objeto
de tus suspiros es;
yo conozco la causa de tu dulce
secreta languidez.

¿Te ríes...? Algún día
sabrás, niña, por qué;
acaso lo sospechas,
y yo lo sé,

yo sé lo que tú sueñas
y lo que en sueño ves;
como en un libro puedo lo que callas
en tu frente leer.
¿Te ríes...? Algún día
sabrás, niña, por qué;
tú acaso lo sospechas,
y yo lo sé.

Yo sé por qué sonrías
y lloras a la vez;
yo penetro en los senos misteriosos
de tu alma de mujer.
¿Te ríes...? Algún día
sabrás, niña, por qué,
mientras tú sientes mucho y nada sabes
yo, que no siento ya, todo lo sé.

LVIII

Al ver mis horas de fiebre
e insomnio lentas pasar,
a la orilla de mi lecho,
¿quién se sentará?

Cuando la trémula mano
tienda, próxima a expirar,
buscando una mano amiga,
¿quién la estrechará?
Cuando la muerte vidrie
de mis ojos el cristal,
mis párpados, aún abiertos,
¿quién los cerrará?

Cuando la campana suene
(si suena en mi funeral)
una oración, al oírla,
¿quién murmurará?

Cuando mis pálidos restos
oprima la tierra ya,
sobre la olvidada fosa,
¿quién vendrá a llorar?

Quién, en fin al otro día,
cuando el sol vuelva a brillar,
de que pasé por el mundo,
quién se acordará?

LIX

Me ha herido recatándose en las sombras,
sellando con un beso su traición.
Los brazos me echó al cuello y por la espalda
partióme a sangre fría el corazón.

Y ella prosigue alegre su camino,
feliz, risueña, impávida; ¿y por qué?
Porque no brota sangre de la herida...
¡porque el muerto está en pie!

LX

Como se arranca el hierro de una herida,
su amor de las entrañas me arranqué,
aunque sentí al hacerlo que la vida
me arrancaba con él.

Del altar que le alcé en el alma mía
la voluntad su imagen arrojó,
y la luz de la fe que en ella ardía
ante el ara desierta se apagó.

Aún para combatir mi firme empeño
viene a mi frente su visión tenaz...
¡Cuándo podré dormir con ese sueño
en que acaba el soñar!

LXI

Este armazón de huesos y pellejo,
 de pasear una cabeza loca
 cansado se halla al fin, y no lo extraño;
 pues, aunque es la verdad que no soy viejo,
 de la parte, de vida que me toca
 en la vida del mundo, por mi daño
 he hecho un uso tal, que juraría
 que he condensado un siglo en cada día.
 Así, aunque ahora muriera,
 no podría decir que no he vivido;
 que el sayo, al parecer nuevo por fuera,
 conozco que por dentro ha envejecido.
 Ha envejecido, sí, ¡pese a mi estrella!
 Harto lo dice ya mi afán doliente;
 que hay dolor que, al pasar, su horrible huella
 graba en el corazón, si no en la frente.

LXII

Primero es un albor trémulo y vago,
 raya de inquieta luz que corta el mar;
 luego chispea y crece y se dilata
 en ardiente explosión de claridad.
 La brilladora luz es la alegría;
 la temerosa sombra es el pesar:
 ¡ay!, en la oscura noche de mi alma,
 ¿cuándo amanecerá?

LXIII

Como enjambre de abejas irritadas,
 de un oscuro rincón de la memoria
 salen a perseguirnos los recuerdos
 de las pasadas horas.
 Yo los quiero ahuyentar. ¡Esfuerzo inútil!
 Me rodean, me acosan,
 y unos tras otros a clavarme vienen
 el agudo agujón que el alma encona.

LXIV

Como guarda el avaro su tesoro,
 yo quería probar que hay algo eterno
 a la que eterno me juró su amor.
 Mas hoy le llamo en vano, y oigo al tiempo
 que le agotó, decir:

“¡Ah, barro miserable, eternamente
 no podrás ni aun sufrir!”

LXV

Llegó la noche y no encontré asilo;
 ¡y tuve sed!... Mis lágrimas bebí;
 ¡y tuve hambre! ¡Los hinchados ojos
 cerré para morir!
 ¡Estaba en un desierto! Aunque a mi oído
 de las turbas llegaba el ronco hervir,
 yo era huérfano y pobre... ¡El mundo estaba
 desierto... para mí!

LXVI

¿De dónde vengo?... El más horrible y áspero
de los senderos busca.
Las huellas de unos pies ensangrentados
sobre la roca dura;
los despojos de un alma hecha jirones
en las zarzas agudas,
te dirán el camino
que conduce a mi cuna.

¿Adónde voy? El más sombrío y triste
de los páramos cruza;
valle de eternas nieves y de eternas
melancólicas brumas.

En donde esté una piedra solitaria
sin inscripción alguna,
donde habite el olvido,
allí estará mi tumba.

LXVII

¡Qué hermoso es ver el día
coronado de fuego levantarse,
y a su beso de lumbre
brillar las olas y encenderse el aire!
¡Qué hermoso es, tras la lluvia
del triste otoño en la azulada tarde
de las húmedas flores
el perfume aspirar lista saciarse!
¡Qué hermoso es, cuando en copos
la blanca nieve silenciosa cae,

de las inquietas llamas
ver las rojizas lenguas agitarse!
¡Qué hermoso es, cuando hay sueño,
dormir bien... y roncar como un sochantre...
y comer... y engordar!... ¡y qué desgracia
que esto sólo no baste!

LXVIII

No sé lo que he soñado
en la noche pasada;
triste, muy triste debió ser el sueño,
pues, despierto, la angustia me duraba.

Noté al incorporarme
húmeda la almohada,
y por primera vez sentí, al notarlo,
de un amargo placer henchirse el alma.

Triste cosa es el sueño
que llanto nos arranca;
mas tengo en mi tristeza una alegría...
¡Sé que aún me quedan lágrimas!

LXIX

Al brillar un relámpago nacemos
y aún dura su fulgor cuando morimos:
¡Tan corto es el vivir!
La gloria y el amor tras que corremos
sombras de un sueño son que perseguimos
¡Despertar es morir!

LXX

¡Cuántas veces, al pie de las musgosas
paredes que la guardan,
oí la esquila que al mediar la noche
a los maitines llama!

¡Cuántas veces trazó mi triste sombra
la luna plateada,
junto a la del ciprés que de su huerto
se asoma por las tapias!

Cuando en sombras la iglesia se envolvía
de su ojiva calada,
¡cuántas veces temblar sobre los vidrios
vi el fulgor de la lámpara!

Aunque el viento en los ángulos oscuros
de la torre silbara,
del coro entre las voces percibía
su voz vibrante y clara.

En las noches de invierno, si un medroso
por la desierta plaza
se atrevía a cruzar, al divisarme
el paso aceleraba.

Y no faltó una vieja que en el torno
dijese, a la mañana,
que de algún sacristán muerto en pecado
acaso era yo el alma.

A oscuras conocía los rincones
del atrio y la portada;
de mis pies las ortigas que allí crecen
las huellas tal vez guardan.

Los búhos que espantados me seguían
con sus ojos de llamas,
llegaron a mirarme con el tiempo
como a un buen camarada.

A mi lado sin miedo los reptiles
se movían a rastras:
¡hasta los muros santos de granito
vi que me saludaban!

LXXI

No dormía, vagaba en ese limbo
en que cambian de forma los objetos,
misteriosos espacios que separan
la vigilia del sueño.

Las ideas, que en ronda silenciosa
daban vueltas en torno a mi cerebro,
poco a poco en su danza se movían
con un compás más lento.

De la luz que entra al alma por los ojos
los párpados velaban el reflejo;
mas otra luz el mundo de visiones alumbraba por
dentro.

En este punto resonó en mi oído
un rumor semejante al que en el templo,
vago, confuso, al terminar los fieles,
con un amén sus rezos.

Y oí como una voz delgada y triste
que por mi nombre me llamó a lo lejos,
y sentí olor de cirios apagados,
de humedad y de incienso.

Entró la noche, y del olvido en brazos
caí, cual piedra, en su profundo seno.
Dormí, y al despertar exclamé: “Alguno
que yo quería ha muerto!”

LXXII

PRIMERA VOZ

Las ondas tienen vaga armonía;
las violetas, suave olor;
brumas de plata la noche fría,
luz y oro el día;
yo, algo mejor:
¡yo tengo Amor!

SEGUNDA VOZ

Aura de aplausos, nube rabiosa,
ola de envidia que besa el pie,
isla de sueños donde reposa
el alma ansiosa,
¡dulce embriaguez
la Gloria es!

TERCERA VOZ

Ascuá encendida es el tesoro,
sombra que huye la vanidad,
todo es mentira: la gloria, el oro.
Lo que yo adoro

sólo es verdad.
¡la Libertad!

Así los barqueros pasaban cantando
la eterna canción,
y al golpe del remo saltaba la espuma
y heríala el sol.

“¿Te embarcas?” gritaban; y yo, sonriendo
les dije al pasar:
“Ha tiempo lo hice; por cierto que aún tengo
la ropa en la playa tendida a secar”.

LXXIII

Cerraron sus ojos
que aún tenía abiertos;
taparon su cara
con un blanco lienzo;
y unos sollozando,
otros en silencio,
de la triste alcoba
todos se salieron.

La luz, que en un vaso
ardía en el suelo,
al muro arrojaba
la sombra del lecho,
y entre aquella sombra
veíase, a intervalos,
dibujarse rígida
la forma del cuerpo.
Despertaba el día,

y a su albor primero,
 con sus mil ruidos
 despertaba el pueblo.
 Ante aquel contraste
 de vida y misterios,
 de luz y tinieblas,
 medité un momento:
 “¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!”

De la casa en hombros
 lleváronla al templo,
 y en una capilla
 dejaron el féretro.
 Allí rodearon
 sus pálidos restos
 de amarillas velas
 y de paños negros.

Al dar de las ánimas
 el toque postrero,
 acabó una vieja
 sus últimos rezos;
 cruzó la ancha nave,
 las puertas gimieron,
 y el santo recinto
 quedóse desierto.

De un reloj se oía
 compasado el péndulo
 y de algunos cirios
 el chisporroteo.
 Tan medroso y triste

tan oscuro y yerto
 todo se encontraba...
 que pensé un momento:
 “¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!”

De la alta campana
 la lengua de hierro
 le dio volteando
 su adiós lastimero.
 El luto en las ropas,
 amigos y deudos
 cruzaron en fila,
 formando el cortejo.

Del último asilo,
 oscuro y estrecho,
 abrió la piqueta
 el nicho a un extremo.
 Allí la acostaron,
 tapiándola luego,
 y con un saludo,
 despidióse el duelo.

La piqueta al hombro,
 el sepulturero
 cantando entre dientes
 se perdió a lo lejos.
 La noche se entraba,
 reinaba el silencio
 perdido en la sombra,
 medité un momento:
 “¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!”

En las largas noches
del helado invierno
cuando las maderas
crujir hace el viento
y azota los vidrios
el fuerte aguacero,
de la pobre niña
a solas me acuerdo.

Allí cae la lluvia
con un son eterno;
allí la combate
el soplo del cierzo;
del húmedo muro
tendida en el hueco,
¡acaso de frío
se hielan sus huesos!

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?
¿Todo es vil materia,
podredumbre y cieno?

¡No sé; pero hay algo
que explicar no puedo,
que al par nos infunde
repugnancia y duelo,
al dejar tan tristes,
tan solos, los muertos!

LXXIV

Las ropas desceñidas,
desnudas las espaldas,
en el dintel de oro de la puerta
dos ángeles velaban.

Me aproximé a los hierros
que defienden la entrada,
y de las dobles rejas en el fondo
la vi confusa y blanca.

La vi como la imagen
que en leve ensueño pasa,
como rayo de luz tenue y difuso
que entre tinieblas nada.

Me sentí de un ardiente
deseo llena el alma
¡como atrae un abismo, aquel misterio
hacia sí me arrastraba!
Mas, ¡ay! de los ángeles
parecían decirme las miradas:
“¡El umbral de esta puerta
sólo Dios lo traspasa!”

LXXV

¿Será verdad que cuando toca el sueño
con sus dedos de rosa nuestros ojos,
de la cárcel que habita huye el espíritu
en vuelo presuroso?
¿Será verdad que, huésped de las nieblas,

de la brisa nocturna el tenue soplo,
alado sube a la región vacía
a encontrarse con otros?

¿Y allí, desnudo de la humana forma;
allí, los lazos terrenales rotos,
breves horas habita de la idea
el mundo silencioso?

¿Y ríe y llora, aborrece y ama,
y guarda un rastro de dolor y gozo,
semejante al que deja cuando cruza
el cielo un meteoro?

¡Yo no sé si ese mundo de visiones
vive fuera o va dentro de nosotros;
pero sé que conozco a muchas gentes
a quienes no conozco!

LXXVI

En la imponente nave
del templo bizantino
vi la gótica tumba, a la indecisa
luz que temblaba en los pintados vidrios.

Las manos sobre el pecho
y en las manos un libro,
una mujer hermosa reposaba
sobre la urna, del cincel prodigio.

Del cuerpo abandonado
al dulce peso hundido,

cual si de blanda pluma y raso fuera
se plegaba su lecho de granito.

De la postrer sonrisa el resplandor divino
guardaba el rostro como el cielo guarda
del sol que muere el rayo fugitivo.

Del cabezal de piedra
sentados en el filo,
dos ángeles, el dedo sobre el labio
imponían silencio en el recinto.
No parecía muerta;
de los arcos macizos
parecía dormir en la penumbra,
y que en sueño veía el paraíso.

Me acerqué de la nave
al ángulo sombrío,
como quien llega con callada planta
junto a la cuna donde duerme un niño.

La contemplé un momento
y aquel resplandor tibio,
aquel lecho de piedra que ofrecía,
próximo al muro, otro lugar vacío.

En el alma avivaron
la sed de lo infinito,
el ansia de esa vida de la muerte,
para la que un instante son los siglos...

Cansado del combate
en que luchando vivo,

alguna vez recuerdo con envidia
aquel rincón oscuro y escondido.

De aquella muda y pálida
mujer me acuerdo y digo:
“¡Oh, qué amor tan callado el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!”

LXXVII

Es un sueño la vida,
pero un sueño febril que dura un punto.
Cuando de él se despierta,
se ve que todo es vanidad y humo..
¡Ojalá fuera un sueño
muy largo y muy profundo;
un sueño que durara hasta la muerte!
Yo soñaría con mi amor y el tuyo.

LXXVIII

Podrá nublarse el sol eternamente;
podrá secarse en un instante el mar,
podrá romperse el eje de la tierra
como un débil cristal.
¡Todo sucederá! Podrá la muerte
cubrirme con su fúnebre crespón;
pero jamás en mí podrá apagarse
la llama de tu amor.

LXXIX

Mi vida es un erial:
flor que toco se deshoja;
que en mi camino fatal
alguien va sembrando el mal
para que yo lo recoja.

LXXX

Patriarcas que fuisteis la semilla
del árbol de la fe en siglos remotos:
al vencedor divino de la muerte
rogadle por nosotros.

Profetas que rasgasteis inspirados
del porvenir el velo misterioso:
al que sacó la luz de las tinieblas,
rogadle por nosotros.

Almas cándidas, Santos Inocentes
que aumentáis de los ángeles el coro:
al que llamó a los niños a su lado,
rogadle por nosotros.

Apóstoles que echasteis en el mundo
de la Iglesia el cimiento poderoso:
al que es de verdad depositario,
rogadle por nosotros.

Mártires que ganasteis vuestra palma
en la arena del circo, en sangre rojo:
al que os dio fortaleza en los combates,
rogadle por nosotros.

Vírgenes semejantes a azucenas,
que el verano vistió de nieve y oro:
al que es fuente de vida y hermosura,
rogadle por nosotros.

Monjes que de la vida en el combate
pedisteis paz al claustro silencioso:
al que es iris de calma en las tormentas,
rogadle por nosotros.

Doctores cuyas plumas nos legaron
de virtud y saber rico tesoro:
al que es raudal de ciencia inextinguible,
rogadle por nosotros.

Soldados del ejército de Cristo;
santas y santos todos:
rogadle que perdone nuestras culpas
a Aquel que vive y reina entre vosotros.

LXXXI

Dices que tienes corazón, y sólo
lo dices porque sientes sus latidos,
eso no es corazón... es una máquina
que al compás que se mueve hace ruido.

LXXXII

Fingiendo realidades
con sombra vana,
delante del deseo
va la esperanza,

y sus mentiras,
como el Fénix, renacen
de sus cenizas.

LXXXIII

Una mujer me ha envenenado el alma,
otra mujer me ha envenenado el cuerpo;
ninguna de las dos vino a buscarme:
yo de ninguna de las dos me quejo.

Como el mundo es redondo, el mundo rueda;
si mañana, rodando, este veneno
envenena a su vez, ¿por qué acusarme?
¿puedo dar más de lo que a mí me dieron?

LXXXIV

A CASTA

Tu voz es el aliento de las flores;
tu voz es de los cisnes la armonía:
es tu mirada el esplendor del día,
y el color de la rosa es tu color.

Tú prestas nueva vida y esperanza
un corazón para el amor ya muerto;
tú creces de mi vida en el desierto
como crece en un páramo la flor.

LXXXV

A ELISA

Para que los leas con tus ojos grises,
para que los cantes con tu clara voz,
para que llenen de emoción tu pecho
hice mis versos yo.

Para que encuentren en tu pecho asilo
y les des Juventud, vida, calor,
tres cosas que yo ya no puedo darles,
hice mis versos yo.

Para hacerte gozar con mi alegría,
para que sufras tú con mi dolor,
para que sientas palpitar mi vida,
hice mis versos yo.

Para poder poner ante tus palmas
la ofrenda de mi vida y de mi amor,
con alma, sueños rotos, risas, lágrimas,
hice mis versos yo.

LXXXVI

Flores tronchadas, marchitas hojas
arrastra el viento;
en los espacios, tristes gemidos
repite el eco.

Entre las nieblas de lo pasado,
en las regiones del pensamiento,
gemidos tristes, marchitas galas
son mis recuerdos.

LXXXVII

Es el alba una sombra
de tu sonrisa
y un rayo de tus ojos
la luz del día;
pero tu alma
es la noche de invierno,
negra y helada.

LXXXVIII

Errante por el mundo fui gritando:
“La gloria ¿dónde está?”
Y una voz misteriosa contestóme:
“Más allá... más allá...”

En pos de ella seguí por el camino
que la voz me marcó;
halléla al fin, pero en aquel instante
en humo se trocó.

Mas el humo, formando denso velo,
se empezó a remontar.
Y penetrando en la azulada esfera
al cielo fue a parar.

LXXXIX

Negros fantasmas,
nubes sombrías
huyen ante el destello
de luz divina.

Esa luz santa,
niña de negros ojos,
es la esperanza.

Al calor de sus rayos
mi fe gigante
contra desdenes lucha
sin amenguarse.

En este empeño
es, si grande el martirio,
mayor el premio.

Y si aún muestras esquivas
alma de nieve,
si aún no me quisieras,
yo no he de quererte:
mi amor es roca
donde se estrellan tímidas
del mar las olas.

XC

Yo soy el rayo, la dulce brisa,
lágrima ardiente, fresca sonrisa,
flor peregrina, rama tronchada;
yo soy quien vibra, flecha acerada.

Hay en mi esencia, como en las flores
de mil perfumes, suaves vapores,
y su fragancia fascinadora,
transtorna el alma de quien adora.

Yo mis aromas doquier prodigo
y el más horrible dolor mitigo,
y en grato, dulce, tierno delirio
cambio el mas duro, cruel martirio.

¡Ay!, yo encadeno los corazones
mas son de flores los eslabones.
Navego por los mares,
voy por el viento;
alejo los pesares
del pensamiento,
reparto a los mortales
un alimento
para mirar las penas
con faz serena.

Poder terrible, que en mis antojos
brota sonrisas o brota enojos
poder que abrasa un alma helada,
si airado vibro flecha acerada.

Doy las dulces sonrisas
a las hermosas;
coloro sus mejillas
de nieve y rosas;
humedezco sus labios,
y a sus miradas
hago prometer dichas
no imaginadas.

Yo hago amable el reposo,
grato, halagüeño,
o alejo de los seres

el dulce sueño.
 Todo a mi poderío
 rinde homenaje;
 todos a mi corona
 dan vasallaje.

Soy amor, rey del mundo,
 niña tirana,
 ámame, y tú la reina
 serás mañana.

XCI

¿No has sentido en la noche,
 cuando reina la sombra,
 una voz apagada que canta
 y una inmensa tristeza que llora?

No sentiste en tu oído de virgen
 las silentes y trágicas notas
 que mis dedos de muerto arrancaban
 a la lira rota?

¿No sentiste una lágrima mía
 deslizarse en tu boca,
 ni sentiste mi mano de nieve
 estrechar a la tuya de rosa?

¿No viste entre sueños
 por el aire vagar una sombra,
 no sintieron tus labios un beso
 que estalló misterioso en la alcoba?

Pues yo juro por ti vida mía,
 que te vi entre mis brazos, miedosa;
 que sentí tu aliento de jazmín y nardo,
 y tu boca pegada a mi boca.

XCII

Apoyando mi frente calurosa
 en el frío cristal de la ventana,
 en el silencio de la oscura noche,
 de su balcón mis ojos no apartaba,

En medio de la sombra misteriosa
 su vidriera lucía iluminada,
 dejando que mi vista penetrase
 en el puro santuario de su estancia.

Pálido como el mármol el semblante;
 la blonda cabellera destrenzada,
 acariciando sus sedosas ondas
 sus hombros de alabastro y su garganta;
 mis ojos la veían y mis ojos,
 al verla tan hermosa, se turbaban.
 Mirábase al espejo: dulcemente
 sonreía a su bella imagen lánguida,
 y sus mudas lisonjas al espejo
 con un beso dulcísimo pagaba...

Mas la luz se apagó; la visión pura
 desvaneciéndose como sombra vana,
 y dormido quedé, dándome celos
 el cristal que su boca acariciara.

XCIII

Si copia tu frente
 del río cercano la pura corriente
 y miras tu rostro de amor encendido,
 soy yo, que me escondo
 del agua en el fondo
 y loco de amores, a amar te convidó,
 soy yo, que, en tu pecho buscando morada,
 envío a tus ojos mi ardiente mirada,
 mi blanca divina...
 y el fuego que siento la faz te ilumina.

Si en medio del valle
 en nardo se trueca tu amor animado,
 vacila tu planta, se pliega tu talle...
 soy yo, dueño amado,
 que, en no vistos lazos
 de amor anhelante te estrecho en mis brazos;

soy yo quien te teje la alfombra florida
 que vuelve a tu cuerpo la fuerza y la vida;
 soy yo, que te sigo
 en alas del viento soñando contigo.

Si estando en tu lecho
 escuchas acaso celeste armonía
 soy yo, vida mía...;
 soy yo, que levanto
 al cielo tranquilo mi férvido canto;
 soy yo, que, los aires cruzando ligero,
 por un ignorado, movible sendero,
 ansioso de calma,
 sediento de amores, penetro en tu alma.

XCIV

¡Quién fuera luna,
 quién fuera brisa,
 quién fuera sol!

¡Quién del crepúsculo
 fuera la hora,
 quién el instante
 de tu oración!

¡Quién fuera parte
 de la plegaria
 que solitaria
 mandas a Dios!

¡Quién fuera luna,
 quién fuera brisa,
 quién fuera sol ...!

XCV

Yo me acogí como perdido nauta,
 a una mujer, para pedirle amor,
 y fue su amor cansancio a mis sentidos,
 hielo a mi corazón.

Y quedé, de mi vida en la carrera,
 que un mundo de esperanza ayer pobló,
 como queda un viandante en el desierto:
 ¡A solas con su Dios!

XCVI

Para encontrar tu rostro
miraba al cielo,
que no es bien que tu imagen
se halle en el suelo;
si de allí vino,
el buscarla en su origen
no es desvarío.

XCVII

Esas quejas del piano
a intervalos desprendidas,
sirenas adormecidas
que evoca tu blanca mano,
no esparcen al aire en vano
el melancólico son;
pues de la oculta mansión
en que mi pasión se esconde,
a cada nota responde
un eco en mi corazón.

XCVIII

Nave que surca los mares,
y que empuja el vendaval
y que acaricia la espuma,
de los hombres es la vida
su puerto, la eternidad.

LEYENDAS

EL MISERERE

HACE ALGUNOS MESES QUE, visitando la célebre abadía de Fitero y ocupándome en revolver algunos volúmenes en su abandonada biblioteca, descubrí en uno de los rincones dos o tres cuadernos de música bastante antiguos cubiertos de polvo y hasta comenzados a roer por los ratones.

Era un *Miserere*.

Yo no sé leer la música, pero tengo tanta afición que, aún sin entenderla, suelo coger a veces la partitura de una ópera y me paso las horas muertas hojeando sus páginas, mirando los grupos de notas más o menos apiñadas, las rayas, los semicírculos, los triángulos y las especies de etcéteras, que llaman llaves, y todo esto sin comprender una jota ni sacar maldito provecho.

Consecuente con mi manía, repasé los cuadernos, y lo primero que me llamó la atención fue que, aunque en la última página había esta palabra latina, tan vulgar en todas las obras, *Finis*, la verdad era que el *Miserere* no estaba terminado. La música no alcanzaba sino hasta el décimo versículo.

Esto fue, sin duda, lo que primero me llamó la atención;

pero luego que me fijé en las hojas de música, me chocó más aún el observar que en vez de esas palabras italianas que ponen en todas partes, como *maestoso, allegro, ritardando, o piú vivo*, había unos renglones escritos con letra muy menuda y en alemán, de los cuales algunos servían para advertir cosas tan difíciles de hacer como esto: *Crujen... crujen los huesos, y de sus médulas ha de parecer que salen los alaridos*, o esta otra: *La cuerda aúlla sin discordar, el metal atruena sin ensordecer; por eso suena todo, y no se confunde nada, y todo es la Humanidad que solloza y gime*; o la más original de todas, recomendaba al pie del último versículo: *Las notas son huesos cubiertos de carne, lumbre inextinguible, los cielos y su armonía... ¡Fuerza...! fuerza y dulzura*.

¿Sabéis qué es esto? —pregunté al viejecito que me acompañaba, al acabar de medio traducir estos renglones, que parecían frases escritas por un loco. El anciano me contó entonces la leyenda que voy a referiros.

I

Hace ya muchos años, en una noche lluviosa y oscura, llegó a esta abadía un romero y pidió un poco de lumbre para secar sus ropas, un pedazo de pan con que satisfacer su hambre y un albergue cualquiera donde esparar la mañana y proseguir con la luz del sol su camino.

Su modesta colación, su pobre lecho y su encendido hogar puso el hermano a quien se hizo esta demanda a posición del caminante, al cual, después que se hubo repuesto de su cansancio, interrogó acerca del objetivo de su romería y del punto a que se encaminaba.

—Yo soy músico —respondió el interpelado—; he nacido muy lejos de aquí, y, en mi patria gocé un día de gran renombre. En mi juventud hice de mi arte un arma poderosa de seducción y

encendí pasiones que me arrastraron a un crimen. En mi vejez quiero convertir al bien las facultades que he empleado para el mal, redimiéndome por donde mismo pude condenarme.

Las enigmáticas palabras del desconocido no parecieron claras al hermano lego, quien continuó en sus preguntas, el romero prosiguió de este modo:

—Lloraba yo en el fondo de mi alma la culpa que había cometido; mas al intentar pedirle a Dios misericordia, no encontraba palabras para expresar mi arrepentimiento, cuando un día se fijaron mis ojos por casualidad en un libro santo. Lo abrí y en una de sus páginas encontré un gigante grito de contrición verdadera, un salmo de David, el que comienza *Miserere mei, Deus*. Desde el instante en que leí sus estrofas, mi único pensamiento fue hallar una forma musical tan magnífica, tan sublime, que bastase a contener el grandioso himno de dolor del Rey Profeta. Aún no la he encontrado, pero sí logro expresar lo que siento en mi corazón, estoy seguro de hacer un *Miserere* tal, tan maravilloso, que no hayan oído otro semejante los nacidos; tan desgarrador, que al escuchar el primer acorde los arcángeles, dirán conmigo, cubierto los ojos de lágrimas y dirigiéndose al Señor: *¡Misericordia!* y el Señor la tendrá de su pobre criatura.

El romero, al llegar a este punto de su narración, calló, por un instante; y después, exhalando un suspiro, tomó a coger el hilo de su discurso. El hermano lego, aunque dependientes de la abadía y dos o tres pastores de la granja de los frailes, que formaban un círculo alrededor del hogar, lo escuchaban en un profundo silencio.

—Después —continuó— de recorrer toda Alemania, Italia, y la mayor parte de este país, aún no he oído un *Miserere* en que pueda inspirarme, ni uno, ni uno, y he oído tantos, que puedo decir que los he oído todos.

—¿Todos? —dijo entonces interrumpiéndole uno de los rabadanes— ¡A que no habéis oído aún el *Miserere* de la Montaña!

—¿El Miserere de la Montaña? —exclamó el músico con aire de extrañeza— ¿qué Miserere es éste?

—¿No dije? —murmuró el campesino; y luego prosiguió con una entonación misteriosa—. Ese Miserere que sólo oyen por casualidad los que como yo andan día y noche tras el ganado por entre breñas y peñascos, y es toda una historia, una historia muy antigua pero tan verdadera como al parecer increíble.

Es el caso que en lo más fragoso de esas cordilleras de montañas que limitan el valle, hubo ya hace muchos años, muchos siglos, un monasterio famoso, que, a lo que parece, edificó a sus expensas un señor con los bienes que había de legar a su hijo, al cuál desheredó al morir, en pena de sus maldades.

Hasta aquí todo fue bueno; pero es el caso de este hijo, que, por lo que se verá más adelante, debió de ser de la piel del diablo, si no era el mismo diablo en persona, sabedor de que sus bienes estaban en poder de los religiosos, y de que su castillo se había transformado en iglesia, reunió a unos cuantos bandoleros, camaradas suyos, y una noche de Jueves Santo, en que los monjes se hallaban en el coro, y en el punto y hora en que habían comenzado el Miserere, pusieron fuego al monasterio, saquearon la Iglesia, y a éste quiero, a aquél no, se dice que no dejaron fraile con vida.

Después de esta atrocidad se marcharon los bandidos, y su instigador con ellos; a dónde, no se sabe; a las profundidades tal vez.

Las llamas redujeron el monasterio a escombros, de la iglesia aún quedan en pie las ruinas. Sobre el peñón donde nace la cascada, que, después de estrellarse de peña en peña, forma el riachuelo que viene a los muros de esta abadía.

—Pero —interrumpió impaciente el músico— ¿y el Miserere?

—Aguardaos —continuó con gran sorna el rabadán—, que todo irá por parte. Dicho lo cuál, siguió así su historia:

—Las gentes de los contornos se escandalizaron del crimen: de padres a hijos y de hijos a nietos se refirió con horror en las

largas noches de velada; pero lo que mantiene más viva su memoria es que todos los años, tal noche como la en que se consumió, se ven brillar luces a través de las rotas ventanas de la iglesia; se oye como una especie de música extraña y unos cantos lúgubres y aterradores que se perciben a intervalos en las ráfagas del aire. Son los monjes, los cuales, muertos tal vez sin hallarse preparados para presentarse en el tribunal de Dios limpios de toda culpa, vienen aún del purgatorio a impretar su misericordia cantando el Miserere.

Los circunstantes se miraron unos a otros con muestra de incredulidad; sólo el romero, que parecía vivamente preocupado con la narración de la historia, preguntó con ansiedad al que la había referido:

—¿Y decís que ese portento se repite aún?

—Dentro de tres horas comenzará sin falta alguna, porque precisamente esta noche es la de Jueves Santo, y acaban de dar las ocho en el reloj de la abadía.

—¿A qué distancia se encuentra el monasterio?

—A una legua y media...; pero ¿qué hacéis? ¿A dónde vais?

—¡Estáis dejado de la mano de Dios! —exclamaron todos al ver que el romero, levantándose de su escaño y tomando el bordón, se dirigía hacia al puerta.

—¿Adónde voy? A oír esa maravillosa música, a oír el grande, el verdadero Miserere de los que vuelven después de los muertos, y saben lo que es morir en el pecado.

Y esto diciendo, desapareció de la vista del espantado lego, y de los no menos atónitos pastores.

El viento zumbaba y hacía crujir las puertas, como si una mano poderosa pugnase por arrancarlas de sus quicios. La lluvia caía en turbiones, azotando los vidrios de las ventanas, y de cuando en cuando la luz de un relámpago iluminaba por un instante todo el horizonte que desde ellas se descubría.

Pasado el primer momento de estupor, exclamó el lego:

—¡Está loco!

—¡Está loco! —repitieron los pastores; y atizaron de nuevo la lumbre y se agruparon alrededor del hogar.

Después de una o dos horas de camino, el misterioso personaje que calificaran de loco en la abadía, remontando la corriente del riachuelo que le indicó el rabadán de la historia, llegó al punto en que se levantaban negras e imponentes las ruinas del monasterio.

II

La lluvia había cesado; las nubes flotaban en oscuras bandas, por entre cuyos jirones se deslizaba a veces un furtivo rayo de luz pálida y dudosa; y el aire, al azotar los fuertes manchones y extenderse por los desiertos claustros, diríase que exhalaba gemidos. Sin embargo nada sobrenatural, nada extraño venía a herir la imaginación. Al que había dormido más de una noche sin otro amparo que las ruinas de una torre abandonada o de un castillo solitario; al que había arrostrado en su larga peregrinación cien y cien tormentas, todos aquellos ruidos le eran familiares.

Las gotas que se filtraban por entre las grietas de los rotos arcos y caían sobre las losas con un rumor acompasado como el del péndulo de un reloj; los gritos del búho, que graznaba refugiado bajo el nimbo de piedra de una imagen, de pie aún en el hueco de un muro; el ruido de los reptiles, que descubiertos de su letargo por la tempestad sacaban sus disformes cabezas de los agujeros donde duermen, o se arrastraban por entre los jaramagos y los zarzales que crecían al pie del altar, entre las junturas de las lápidas sepulcrales que formaban el pavimento de la iglesia, todos esos extraños y misteriosos murmullos del campo, de la soledad y de la noche, llegaban perceptibles al oído

del romero que, sentado sobre la mutilada estatua de una tumba, aguardaba ansioso la hora en que debiera realizarse el prodigio.

Transcurrió tiempo, y tiempo, y nada se percibió; aquellos mil confusos rumores seguían sonando y combinándose de mil maneras distintas, pero siempre los mismos.

—¡Si me habrá engañado! —pensó el músico; pero en aquel instante se oyó un ruido nuevo, un ruido inexplicable en aquel lugar, como el que produce un reloj algunos segundos antes de sonar la hora: ruido de ruedas que giran, de cuerdas que se dilatan, de maquinaria que se agita sordamente y se dispone a usar de su misteriosa vitalidad mecánica, y sonó una campanada..., dos..., tres..., hasta once.

En el derruido templo no había campana, ni reloj ni torre ya siquiera.

Aún no había expirado, debilitándose de eco en eco, la última campanada; todavía se escuchaba su vibración temblando en el aire, cuando los doseles de granito que cobijaban las esculturas, las gradas de mármol en los altares, los sillares de las ovijas, los calados antepechos del coro, los festones de tréboles de las cornisas, los negros machones de los muros, el pavimento, las bóvedas, la iglesia entera, comenzó a iluminarse espontáneamente, sin que se viese una antorcha, un cirio o una lámpara que derramase aquella insólita claridad.

Parecía un esqueleto, de cuyos huesos amarillos se desprende ese gas que brilla y humea en la oscuridad como una luz azulada, inquieta y medrosa.

Todo pareció animarse, pero con ese movimiento galvánico que imprime a la muerte contracciones que parodian la vida, movimiento instantáneo, más horrible aún que la inercia del cadáver que agita con su desconocida fuerza. Las piedras se reunieron a las piedras; el ara, cuyos rotos fragmentos se veían antes esparcidos sin orden, se levantó intacta y se levantaron las

derribadas capillas, los rotos capiteles y las destrozadas e inmensas series de arcos que, cruzándose y enlazándose, formaron con sus columnas un laberinto de pórfido.

Luego, comenzó a oírse un acorde lejano que pudiera confundirse con el zumbido del aire, pero que era un conjunto de voces lejanas y graves, que parecía salir del seno de la tierra e irse elevando poco a poco haciéndose cada vez más perceptible.

El peregrino comenzaba a tener miedo; pero con su miedo luchaba aún su fanatismo por lo maravilloso, y, alentado por él, dejó la tumba sobre la que reposaba, se inclinó al borde del abismo por entre cuyas rocas saltaba el torrente, despeñándose con un trueno incesante y espantoso, y sus cabellos se erizaron de horror.

Mal envueltos en los jirones de sus hábitos, caladas las capuchas bajo los pliegues de las cuales contrastaban con sus descarnadas mandíbulas y los blancos dientes las oscuras cavidades de los ojos de su calavera, vio los esqueletos de los monjes, que fueron arrojados desde el pretil de la iglesia a aquel precipicio, salir del fondo de las aguas y agarrándose con los largos dedos de sus manos de hueso a las grietas de las peñas, trepar por ellas hasta tocar el borde, diciendo en voz baja y sepulcral, pero con una desgarradora expresión de dolor, el primer versículo del salmo de David:

Miserere mei Deus, secundum magnam misericordiam tuam!” (Apídate de mí, Oh Dios, según tu gran misericordia).

Cuando los monjes llegaron al peristilo del templo, se ordenaron en dos hileras, y penetrando en él, fueron a arrodillarse en el coro, donde con voz más levantada y solemne prosiguieron entonando los versículos del Salmo. La música sonaba al compás de sus voces: aquella música era el rumor distante del trueno, que, desvanecida la tempestad, se aleja murmurando; era el zumbido del aire que gemía en la concavidad del monte; era el monótono ruido de la cascada que caía sobre las rocas, y la gota

de agua que se filtraba, y el grito del búho escondido, y el roce de los reptiles inquietos. Todo esto era música, y algo más que no puede explicarse ni apenas concebirse, algo más que parecía como el eco de un órgano que acompañaba los versículos del himno de contrición del rey, con notas y acordes tan gigantes como sus palabras terribles.

Siguió la ceremonia; el músico que la presenciaba, absorto y aterrado, creía estar fuera del mundo real, vivir en esa región fantástica del sueño en que todas las cosas se revisten de formas extrañas y fenomenales.

Un sacudimiento terrible vino a sacarle de aquel estupor que embargaba todas las facultades de su espíritu. Sus nervios saltaron al impulso de una emoción fortísima, sus dientes chocaron, agitándose con un temblor imposible de reprimir, y el frío penetró hasta la médula de los huesos...

Los monjes pronunciaban en aquel instante estas espantosas palabras del Miserere: “*In iniquitatibus conceptus sum; et in peccatis concepit me mater mea*” (Fui concebido en la iniquidad y mi madre me concibió en pecado).

Al resonar el versículo y dilatarse sus ecos retumbando de bóveda en bóveda, se levantó un alarido tremendo, que parecía un grito de dolor arrancado a la humanidad entera por la conciencia de sus maldades, un grito horroroso, formado de todos los lamentos del infortunio, de todos los aullidos de la desesperación, de todas las blasfemias de la impiedad, concierto monstruoso, de los que viven en el pecado y fueron concebidos en la iniquidad.

Prosiguió el canto, ora trisitísimo y profundo, ora semejante a un rayo de sol que rompe la nube oscura de una tempestad, haciendo suceder a un relámpago de terror otro de júbilo, hasta que, merced a una transformación súbita, la iglesia resplandeció bañada en luz celeste: las osamentas de los monjes se vistieron de sus carnes; una aureola luminosa brilló en derredor de sus frentes; se rompió la cúpula, y, a través de ella, se vió el cielo

como un océano de lumbre abierto a la mirada de los justos.

Los serafines, los arcángeles, y los ángeles, y las jerarquías acompañaban con un himno de gloria este versículo, que subía entonces al trono del Señor como una tromba armónica, como una gigantesca espiral de sonoro incienso:

“Auditui meo dabis gaudium et laetitiam, et exultabunt ossa humiliata” (A mi oído darás alegría y dicha, y tendrán regocijo los huesos humillados).

En este punto, la claridad deslumbradora cegó los ojos del romero, sus sienas latieron con violencia, zumbaron sus oídos y cayó sin conocimiento por tierra, y nada más oyó.

III

Al día siguiente, los pacíficos monjes de la abadía de Fitero, a quienes el hermano lego había dado cuenta de la extraña visita de la noche anterior, vieron entrar por sus puertas, pálido y como fuera de sí, al desconocido romero.

—¿Oísteis, al cabo, el Miserere?— le preguntó con cierta mezcla de ironía el lego, lanzando a hurtadillas una mirada de inteligencia a sus superiores.

—Sí—respondió el músico.

—¿Y qué tal os ha parecido?

—Lo voy a escribir. Dadme un asilo en vuestra casa—prosiguió dirigiéndose al abad—; un asilo y pan por algunos meses, y voy a dejaros una obra inmortal del arte, un Miserere que borre mis culpas a los ojos de Dios, eternice mi memoria y eternice con ella la de esta abadía.

Los monjes, por curiosidad, aconsejaron al abad que accediese a su demanda; el abad, por compasión, aún creyéndole un loco, accedió al fin a ella, y el músico, instalado ya en el monasterio comenzó su obra.

Noche y día trabajaba con un afán incesante.

En mitad de su tarea se paraba, y parecía escuchar algo que sonaba en su imaginación, y se dilataban sus pupilas saltaba en el asiento y exclamaba:

—¡Eso es así, así, no hay duda..., así!—y proseguía escribiendo notas con una rapidez febril, que dio en más de una ocasión que admirar a los que le observaban sin ser vistos.

Escribió los primeros versículos y los siguientes, y hasta la mitad del salmo; pero al llegar al último que había oído en la montaña le fue imposible proseguir.

Escribió uno, dos, cien, doscientos borradores: todo inútil. Su música no se parecía a aquella música ya anotada y el sueño huyó de sus párpados, y perdió el apetito, y la fiebre se apoderó de su cabeza y se volvió loco, y se murió, en fin, sin poder terminar el Miserere, que, como una cosa extraña, guardaron los frailes a su muerte, y aún se conserva hoy en el archivo de la abadía.

Cuando el viejecito concluyó de contarme esta historia, no pude menos de volver otra vez los ojos al empolvado y antiguo manuscrito del Miserere que aún estaba abierto sobre una de las mesas.

“In peccatis conceptit me mater mea”

Estas eran las palabras de la página que tenía ante mi vista, y que parecía mofarse de mí con sus notas, sus llaves y sus garabatos ininteligibles para los legos en la música.

Por haberlas podido leer, hubiera dado un mundo.

¿Quién sabe si no serán una locura?

I

MAESE PÉREZ EL ORGANISTA

EN SEVILLA, EN EL MISMO ATRIO DE SANTA INÉS, y mientras esperaba que comenzase la Misa del Gallo, oí esta tradición a una demandadera del convento.

Como era natural, después de oírla, aguardé impaciente que comenzara la ceremonia, ansioso de asistir a un prodigio.

Nada menos prodigioso, sin embargo, que el órgano de Santa Inés, ni nada más vulgar que los insulsos motetes que nos regaló su organista aquella noche.

Al salir de la misa, no pude por menos decirle a la demandadera con aire de burla:

—¿En qué consiste que el órgano de maese Pérez suena ahora tan mal?

—¡Toma! —me contestó la vieja—, en que ese no es el suyo.

—¿No es el suyo? ¿Pues qué ha sido de él?

—Se cayó a pedazos de puro viejo, hace una porción de años.

—¿Y el alma del organista?

—No ha vuelto a aparecer desde que colocaron el que ahora le sustituye.

Si a alguno de mis lectores se le ocurriese hacerme la misma pregunta, después de leer esta historia, ya sabe el por qué no se ha continuado el milagroso portento hasta nuestros días.

—¿Veis ese de la capa roja y al pluma blanca en el fieltro, que parece que trae sobre su justillo todo el oro de los galeones de Indias, aquel que baja en este momento de su litera para dar la mano a esa otra señora que, después de dejar la suya, se adelanta hacía aquí, precedida de cuatro palo con hachas? Pues ese es el marqués de Moscoso, galán de la condesa viuda de Villapineda. Se dice que antes de poner sus ojos sobre esta dama, había pedido en matrimonio a la hija de un opulento señor; mas el padre de la doncella, de quien se murmurara que es un poco avaro... Pero, ¡calle!, en hablando del ruin de Roma cátele aquí que asoma. ¿Veis aquel que viene por debajo del arco de San Felipe, a pie, embozado en una capa oscura, y precedido de un solo criado con una linterna? Ahora llega frente al retablo.

¿Reparasteis, al desembozarse para saludar a la imagen, la encomienda que brilla en su pecho?

A no ser por ese noble distintivo, cualquiera le creería un lonjista de la calle de Culebras... Pues ese es el padre en cuestión; mirad cómo la gente del pueblo le abre paso y le saluda.

Toda Sevilla le conoce su colosal fortuna. El solo tiene más ducados de oro en sus arcas que soldados mantiene nuestro señor el rey don Felipe: y con sus galeones podría formar una escuadra suficiente a resistir a la del Gran Turco...

Mirad, mirad ese grupo de señores graves: esos son los caballeros veinticuatro. ¡Hola, hola! También está aquí el flamenco, a quien se dice que no han echado ya el guante los señores de la cruz verde, merced a su influjo con los magnates de Madrid... Este no viene a la iglesia más que a oír música... No, pues si maese Pérez no le arranca con su órgano lágrimas como puños, bien se puede asegurar que no tiene su alma en su armario, sino friéndose en las calderas de Pedro Botero... ¡Ay, vecina! Malo...

malo... presumo que vamos a tener jarana; yo me refugio en la iglesia; pues, por lo que veo, aquí van a andar más de sobra los cintarazos que los “Pternoster”. Mirad, mirad, las gentes del duque de Alcalá doblan la esquina de la plaza de San Pedro, y por el callejón de las Dueñas se me figura que he columbrado a las del Medinasidonia. ¿No os lo dije?

Ya se han visto, ya se detienen unos y otros, sin parar de sus puestos. Los grupos se disuelven... los ministriles, a quienes en estas ocasiones apalean amigos y enemigos, se retiran... hasta el señor asistente, con su vara y todo, se refugia en el atrio... y luego dicen que hay justicia.

Para los pobres...

Vamos, vamos, ya brillan los broqueles en la oscuridad... ¡Nuestro Señor del Gran Poder nos asista! Ya comienzan los golpes...; ¡vecinal, ¡vecinal, aquí... antes que cierren las puertas. Pero ¡calle! ¿Qué es eso? Aún no han comenzado cuando lo dejan. ¿Qué resplandor es aquél? ¡Hachas encendidas! ¡Literas! Es el señor obispo.

La Virgen Santísima del Amparo, a quien invocaba ahora mismo con el pensamiento, lo trae en mi ayuda... ¡Ay! ¡Si nadie sabe lo que yo debo a esta Señora...! ¡Con cuánta usura me paga las candelillas que le enciendo los sábados...! Vedlo, que hermosote está con sus hábitos morados y su birrete rojo... Dios le conserve en su silla tantos siglos como yo deseo de vida para mí. Si no fuera por él, media Sevilla hubiera ya ardidado con estas disensiones de los duques. Vedlos, vedlos, los hipocritones, cómo se acercan ambos a la litera del prelado para besarle el anillo... Cómo le siguen y le acompañan, confundiendo con sus familiares. Quién diría que estos dos que parecen tan amigos si dentro de media hora se encuentran en una calle oscura..., es decir, jellos... ellos...! Libreme Dios de creerlos cobardes; buena muestra han dado de sí, peleando en algunas ocasiones contra los enemigos de Nuestro Señor... Pero es la verdad, qué si se busca-

ran... y si se buscaran con ganas de encontrarse, se encontrarían, poniendo fin de una vez a estas continuas reyertas, en las cuales los que verdaderamente baten el cobre de firme son sus deudos, sus allegados y su servidumbre.

Pero vamos, vecina, vamos a la iglesia, antes que se ponga de bote en bote... que algunas noches como ésta suele llenarse de modo que no cabe ni un grano de trigo... Buena ganga tienen las monjas con su organista... ¿Cuándo se ha visto el convento tan favorecido como ahora...? De las otras comunidades, puedo decir que le han hecho a maese Pérez proposiciones magníficas; verdad que nada tiene de extraño, pues hasta el señor arzobispo le ha ofrecido montes de oro por llevarle a la catedral... Pero él, nada... Primero dejara la vida que abandonar su órgano favorito... ¿No conocéis a maese Pérez? Verdad es que sois nueva en el barrio... Pues es un santo varón; pobre, sí, pero limosnero cual, no otro... Sin más parientes que su hija ni más amigo que su órgano, pasa su vida entera en velar por la inocencia de la una y componer los registros del otro... ¡Cuidado que el órgano es viejo...! Pues nada, él se da tal maña en arreglarlo y cuidarlo, que suena que es una maravilla... Como que le conoce de tal modo, que a tientas... porque no sé si os lo he dicho, pero el pobre señor es ciego de nacimiento... y ¡con qué paciencia lleva su desgracia...! Cuando le preguntaban que cuanto daría por ver, responde: Mucho, pero no tanto como creéis, porque tengo esperanzas.

—¿Esperanzas de ver?

—Sí, y muy pronto —añade sonriéndose como un ángel—; ya cuento setenta y seis años; por muy larga que sea mi vida, pronto veré a Dios...

¡Pobrecito! Y sí lo verá... porque es humilde como las piedras de la calle, que se dejan pisar de todo el mundo... Siempre dice que no es más que un pobre organista de convento, y puede dar lecciones de solfa al mismo maestro de capilla de la Primada;

como que echó los dientes en el oficio... Su padre tenía la misma profesión que él; yo no lo conocí, pero mi señora madre, que santa gloria haya, dice que le llevaba siempre al órgano consigo para darle a los fuelles. Luego, el muchacho mostró tales disposiciones que, como era natural, a la muerte de su padre heredó el cargo... ¡Y que manos tiene! Dios las bendiga.

Merecía que se las llevaran a la calle de Chicarreros y se las engarzasen en oro... Siempre toca bien, siempre, pero en semejante noche como ésta es un prodigio... El tiene una gran devoción por esta ceremonia de la Misa del Gallo y cuando levantan la Sagrada Forma al punto y hora de las doce, que es cuando vino al mundo Nuestro Señor Jesucristo... las voces de su órgano son voces de ángeles...

En fin, ¿para que tengo de ponderarle lo que esta noche oirá? Baste ver como todo lo más florido de Sevilla, hasta el mismo señor arzobispo, viene a un humilde convento para escucharle; y no se crea que solo la gente sabida y a la que se le alcanza esto de la solfa conocen su mérito, sino que hasta el populacho. Todas esas bandadas que veis llegar con teas encendidas entonando villancicos con gritos desaforados al compás de los panderos, las osnajas y las zambombas, contra su costumbre, que es la de alborotar las iglesias, callan como muertos cuando pone maese Pérez las manos en el órgano... y cuando alzan... cuando alzan... no se siente una mosca... de todos los ojos caen lagrimones tamaños, y al concluir se oye como un suspiro inmenso que no es otra cosa que la respiración de los circunstantes, contenida mientras dura la música... Pero vamos, vamos ya han dejado de tocar las campanas, y va a comenzar la Misa; vamos adentro. Para todo el mundo es esta noche Nochebuena, pero para nadie mejor que para nosotros.

Esto diciendo, la buena mujer que había servido de cicerone a su vecina, atravesó el atrio del convento de Santa Inés, y codazo en éste, empujón en aquél, se internó en el templo, perdiéndose entre la muchedumbre que se agolpaba en la puerta.

II

La iglesia estaba iluminada con una profusión asombrosa. El torrente de luz que se desprendía de los altares para llenar sus ámbitos, chispeaba en los ricos joyeles de las damas que, arrodillándose sobre los cojines de terciopelo que tendían los pajes y tomando el libro de oraciones de manos de las dueñas, vinieron a formar un brillante círculo alrededor de la verja del presbitero. Junto a aquella verja, de pie, envueltos en sus capas de color galoneadas de oro, dejando entrever con estudiado descuido las encomiendas rojas y verdes, en la una mano el fieltro, cuyas plumas besaban los tapices, la otra sobre los bruñidos gavilanes del estoque o acariciando el pomo del cincelado puñal los caballeros veinticuatro con gran parte de lo mejor de la nobleza sevillana, parecían formar un muro, destinado a defender a sus hijas y a sus esposas del contacto de la plebe. Esta, que se agitaba en el fondo de las naves, con un rumor parecido al del mar cuando se alborota, prorrumpió en una aclamación de júbilo, acompañada del discordante sonido de las sonajas y los panderos, al mirar aparecer al arzobispo, el cual, después de sentarse junto al altar mayor bajo un solio de grana que rodearon sus familiares, echó por tres veces la bendición al pueblo.

Transcurrieron, sin embargo, algunos minutos sin que el celebrante apareciese. La multitud comenzaba a rebullirse, demostrando su impaciencia; los caballeros cambiaban entre sí algunas palabras a media voz, y el arzobispo mandó a la sacristía a uno de sus familiares a inquirir, el por qué no comenzaba la ceremonia.

—Maese Pérez se ha puesto malo, muy malo, y será imposible que asista esta noche a la Misa de Medianoche.

Esta fue la respuesta del familiar.

La noticia cundió instantáneamente entre la muchedumbre. Pintar el efecto desagradable que causó en todo el mundo sería cosa imposible: basta decir que comenzó a notarse tal bullicio

en el templo que el asistente se puso de pie y los alguaciles entraron a imponer silencio, confundiendo entre las apiñadas olas de la multitud.

En aquel momento, un hombre mal trazado, seco, huesudo y bisojo por añadidura, se adelantó hasta el sitio que ocupaba el prelado,

—Maese Pérez está enfermo —dijo—; la ceremonia no puede empezar. Si queréis, yo tocaré el órgano en su ausencia; que ni maese Pérez es el primer organista del mundo, ni a su muerte dejará de usarse este instrumento por falta de inteligente.

El arzobispo hizo una seña de asentimiento con la cabeza, y ya algunos de los fieles que conocían aquel personaje extraño por un organista envidioso, enemigo del de Santa Inés, comenzaban a prorrumbar en exclamaciones de disgusto, cuando de improviso se oyó en el atrio un ruido espantoso.

—¡Maese Pérez está aquí...! ¡Maese Pérez está aquí!

A estas voces de los que estaban apiñados en la puerta, todo el mundo volvió la cara.

Maese Pérez, pálido y desencajado, entraba en efecto en la iglesia, conducido en un sillón, que todos se disputaban el honor de llevar en sus hombros.

Los preceptos de los doctores, las lágrimas de su hija, nada había sido bastante a detenerle en el lecho.

—No —había dicho—: esta es la última, lo conozco, lo conozco, y no quiero morir sin visitar mi órgano, y esta noche sobre todo, la Nochebuena. Vamos, lo quiero, lo mando, vamos a la iglesia.

Sus deseos se habían cumplido; los concurrentes le subieron en brazos a la tribuna y comenzó la Misa.

En aquel punto sonaban las doce en el reloj de la catedral.

Pasó el Itroito y el Evangelio y el Ofertorio y llegó el instante solemne en que el sacerdote, después de haberla consagrado, toma con la extremidad de sus dedos la Sagrada Forma y comienza a elevarla.

Una nube de incienso que se desenvolvía en ondas azuladas llenó el ámbito de la iglesia; las campanillas repicaron con un sonido vibrante, y maese Pérez puso sus crispadas manos sobre las teclas del órgano.

Las cien voces de sus tubos de metal resonaron en un acorde majestuoso y prolongado, que se perdió poco a poco, como si una ráfaga de aire hubiese arrebatado sus últimos ecos.

A este primer acorde, que parecía una voz que se elevaba desde la tierra al cielo, respondió otro lejano y suave que fue creciendo, creciendo, hasta convertirse en un torrente de atronadora armonía.

Era la voz de los ángeles que, atravesando los espacios, llegaba al mundo... Después comenzaron a oírse como unos himnos distantes que entonaban las jerarquías de serafines; mil himnos a la vez, que al confundirse formaban uno solo, que no obstante, era no más el acompañamiento de una extraña melodía, que parecía flotar sobre aquel océano de misteriosos ecos, como un jirón de niebla sobre las olas del mar.

Luego fueron perdiéndose unos cantos, después otros; la combinación se simplificaba. Ya no eran más que dos voces, cuyos ecos se confundían entre sí; luego quedó una aislada, sosteniendo una nota brillante como un hilo de luz... El sacerdote inclinó la frente, y por encima de su cabeza cana y como a través de una gasa azul que fingía el humo del incienso, apareció la Hostia a los ojos de los fieles. En aquel instante la nota que maese Pérez sostenía trinando se abrió, se abrió, y una explosión de armonía gigante estremeció la iglesia, en cuyos ángulos zumbaba el aire comprimido, y cuyos vidrios de colores se estremecían en sus angostos ajimeces.

De cada una de las notas que formaban aquel magnífico acorde se desarrolló un tema; y unos cerca, otros lejos, estos brillantes, aquellos sordos, diríase que las aguas y los pájaros; las brisas y las frondas, los hombres y los ángeles, la tierra y los

cielos, cantaban cada cual en su idioma un himno al nacimiento del Salvador.

La multitud escuchaba atónita y suspendida. En todos los ojos había una lágrima, en todos los espíritus un profundo recogimiento.

El sacerdote que oficiaba sentía temblar sus manos, porque Aquel que levantaba en ellas, Aquel a quien saludaban hombres y arcángeles, era su Dios, era su Dios, y le parecía haber visto abrirse los cielos y transfigurarse la Hostia.

El órgano proseguía sonando; pero sus voces se apagaban gradualmente, como una voz que se pierde de eco en eco y se aleja y se debilita al alejarse, cuando de pronto sonó un grito en la tribuna, un grito desgarrador, agudo, un grito de mujer.

El órgano exhaló un sonido discordante y extraño, semejante a un sollozo, y quedó mudo.

La multitud se agolpó a la escalera de la tribuna, hacia la que, arrancados de su éxtasis religioso, volvieron la mirada con ansiedad todos los fieles.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué pasa? —se decían unos a otros, y nadie sabía responder, y todos se empeñaban en adivinarlo, y crecía la confusión, y el alboroto comenzaba a subir de punto, amenazando turbar el orden y el recogimiento propios de la iglesia.

—¿Qué ha sido eso? —preguntaban las damas al asistente, que, precedido de los ministros, fue uno de los primeros en subir a la tribuna, y que pálido y con muestras de profundo pesar se dirigía al puesto en donde le esperaba el arzobispo, ansioso, como todos, por saber la causa de aquel desorden.

—¿Qué hay?

—Que Maese Pérez acaba de morir.

En efecto, cuando los primeros fieles, después de atropellarse por la escalera, llegaron a la tribuna, vieron al pobre organista caído de boca sobre las teclas de su viejo instrumento, que

aún vibraba sordamente, mientras su hija, arrodillada a sus pies, le llamaba en vano entre suspiros y sollozos.

III

—Buenas noches, doña Baltasara, ¿también su merced viene a la Misa del Gallo? Yo tenía intención de ir a oír a la parroquia; pero lo que sucede... ¿Dónde va Vicente? Donde va la gente. Aunque, a decir la verdad, desde que murió Maese Pérez parece que me echan una losa sobre el corazón cuando entro en Santa Inés... ¡Pobrecito! ¡Era un santo!...! Pero, a muertos y a idos, no hay amigos... Ahora lo que prima es la novedad... ya me entienden de usarced.

¡Qué! ¿No sabe nada? Verdad que nosotras nos parecemos en eso de nuestra casita a la iglesia, y de la iglesia a nuestra casita...; sólo que yo, así... al vuelo... una palabra de acá, otra de acullá... sin ganas de enterarme siquiera, suelo estar al corriente de algunas novedades... Pues sí, señor; parece cosa hecha por el organista de San Román, aquel bisojo, que siempre está echando pestes de los otros organistas; va a tocar esta Noche-Buena en lugar de Maese Pérez. Ya sabrá usarced, porque esto lo ha sabido todo el mundo y es cosa pública en Sevilla, que nadie quería comprometerse a hacerlo. Ni aun su hija, que es profesora, y después de la muerte de su padre entró en el convento de novicia.

Y era natural: acostumbrados a oír aquellas maravillas, cualquiera otra cosa había de parecernos malas. Y cuando ya la comunidad había decidido que, en honor del difunto y en su memoria, permaneciera callado el órgano en esta noche, hete aquí que se presenta nuestro hombre, diciendo que el se atreve a tocarlo... No hay nada más atrevido que la ignorancia... Ciertamente que la culpa no es suya, sino de los que consienten esta profana-

ción...; pero así va el mundo... y nada ha cambiado de un año a otro. Los mismos personajes, el mismo lujo, los mismos empujones en la puerta, la misma animación en el atrio, la misma multitud en el templo... ¡Ay, si levantara la cabeza el muerto! Se volvía a morir por no oír su órgano tocado por manos semejantes. Las gentes del barrio le preparan una buena al intruso. Cuando llegue el momento de poner la mano sobre las teclas, va a comenzar una algarabía de sonajas, panderos y zambombas que no haya más que oír... Pero, ¡calle!, ya entra en la iglesia el héroe de la función. ¡Jesús, qué ropilla de colorines, qué gorguera de canutos, qué aire de personaje! Vamos, vamos, que ya va a comenzar la misa...; me parece que esta noche va a darnos qué contar por muchos días.

Esto diciendo la buena mujer, que ya conocen nuestros lectores por sus exabruptos de locuacidad, penetró en Santa Inés, abriéndose según costumbre, un camino entre la multitud a fuerza de empujones y codazos.

Ya se había dado principio a la ceremonia.

El templo está tan brillante como el año anterior.

El nuevo organista, después de atravesar por en medio de los fieles que ocupaban las naves para ir a besar el anillo del prelado, había subido a la tribuna, donde tocaba uno tras otro los registros del órgano, con una gravedad tan afectada como ridícula.

Entre la gente menuda que se apiñaba a los pies de la iglesia se oía un rumor sordo y confuso de que la tempestad comenzaba a fraguarse y no tardaría mucho en dejarse sentir.

—Es un truhán, que por no hacer nada bien, ni aun mira a derechas —decían los unos.

—Es un ignorantón que, después de haber puesto el órgano de su parroquia peor que una carraca, viene a profanar el de Maese Pérez —decían los otros.

Y mientras éste se desembarazaba del capote para prepararse a darle a firme a su paradero y aquel apercibía sus sonajas, y

todos se disponían a hacer bulla a más y mejor, sólo alguno que otro se aventuraba a defender tibiamente al extraño personaje, cuyo porte orgulloso y pedantesco hacía tan notable contraposición con la modesta apariencia y la afable bondad del difunto Maese Pérez.

Al fin llegó el esperado momento, el momento solemne en que el sacerdote, después de inclinarse y murmurar algunas palabras santas, tomó la hostia en sus manos... Las campanillas repicaron semejando su repique una lluvia de notas de cristal; se elevaron las diáfanas ondas del incienso, y sonó el órgano.

Una estruendosa algarabía llenó los ámbitos de la iglesia en aquel instante y ahogó su primer acorde.

Zampoñas, gaitas, sonajas, panderos, los instrumentos del populacho, alzaron sus discordantes voces a la vez; pero la confusión y el estrépito sólo duró algunos segundos. Todos, a la vez, enmudecieron de pronto.

El segundo acorde, amplio, valiente, magnífico, se sostenía aun brotando de las tubas de metal del órgano, como una cascada de armonía inagotable y sonora

Cantos celestes como los que acarician los oídos en los momentos de éxtasis; cantos que percibe el espíritu y no los puede repetir el labio; notas sueltas de una melodía lejana, que suenan a intervalos traídas en las ráfagas del viento; rumor de hojas que se besan en los árboles con un murmullo semejante al de la lluvia, trinos de alondras que se levantan gorjeando de entre las flores como una saeta despedida a las nubes; estruendos sin nombre, imponentes como los rugidos de una tempestad; coros de serafines sin ritmo ni cadencia, ignota música del cielo que sólo la imaginación comprende; himnos alados, que parecían remontarse al trono del señor como una tromba de luz y sonidos... todo lo expresaban las cien voces del órgano, con más pujanza, con más misteriosa poesía, con más fantástico color que lo habían expresado nunca...

Cuando el organista bajó de la tribuna, la muchedumbre que

se agolpó a la escalera fue tanta, y tanto su afán por verle y admirarle, que el asistente, temiendo, no sin razón, que le ahogaran entre todos, mandó algunos de sus ministriles para que vara en mano, le fueran abriendo camino hasta llegar al altar mayor, donde el prelado le esperaba.

—Ya veis —le dijo este último cuando le trajeron a su presencia; vengo desde mi palacio aquí sólo por escucharos. ¡Seréis tan cruel como Maese Pérez, que nunca quiso excusarme el viaje, tocando la Noche—Buena en la misa de la catedral?

—El año que viene —respondió el organista—, prometo daros gusto, pues por todo el oro de la tierra no volvería a tocar ese órgano.

—¿Y por qué? —interrumpió el prelado.

—Porque... —añadió el organista, procurando dominar la emoción que se revelaba en la palidez de su rostro— porque es viejo y malo, y no puede expresar todo lo que se quiere.

El arzobispo se retiró, seguido de sus familiares. Unas tras otras, las literas de fueron desfilando y perdiéndose en las revueltas de las calles vecinas; los grupos se disolvieron, dispersándose en distintas direcciones; pero se divisaban aún dos mujeres que, después de persignarse ante el retrato del arco de San Felipe, prosiguieron su camino internándose en el callejón de las Dueñas.

—¿Qué quiere usarced, mi señora doña Baltasara? —decía una—, yo soy de este genial. Cada loco con su tema... Me lo habían de asegurar capuchinos descalzos y no lo creería del todo... Ese hombre no puede haber tocado lo que acabamos de escuchar... Si yo lo he oído mil veces en San Bartolomé, que era su parroquia, y de donde tuvo que echarle el señor cura por malo, y era cosa de taparse los oídos... Y luego, si no hay más que mirarle al rostro, que es el espejo del alma... Yo me acuerdo, me acuerdo de la cara de Maese Pérez, cuando en semejante noche como ésta bajaba de la tribuna, después de haber suspendido al audi-

torio con sus primores... ¡qué sonrisa tan bondadosa...! Era viejo y parecía un ángel... no que éste ha bajado las escaleras a trompicones, como si le ladrase un perro y con un color de difunto y unas... Vamos, créame usarced, y créame con todas veras... yo sospecho que aquí hay busilis...

Comentando las últimas palabras, las dos mujeres doblaban la esquina del callejón y desaparecían.

Creemos inútil decir a nuestros lectores quien era una de ellas.

IV

Había transcurrido un año más. La abadesa del convento de Santa Inés y la hija de Maese Pérez hablaban en voz baja, medio ocultas entre las sombras del coro de la iglesia. El esquilón llamaba a voz herida a los fieles desde la torre, y alguna que otra rara persona atravesaba el atrio, silencioso y desierto esta vez, y después de tomar el agua bendita en la puerta, escogía un puesto en un rincón de las naves, donde unos cuántos vecinos del barrio esparaban tranquilamente que comenzara la Misa del Gallo.

—Ya lo veis —decía la superiora—, vuestro temor es sobremañera pueril; nadie hay en el templo; toda Sevilla acude en tropel a la catedral esta noche. Tocad vos el órgano y tocadle sin desconfianza de ninguna clase; estaremos en comunidad... Pero... proseguís callando, sin que cesen vuestros suspiros ¿Qué os pasa? ¿Qué tenéis?

—Tengo... miedo —exclamó la joven con un acento profundamente conmovido...

—¡Miedo! ¿De qué?

—No sé... de una cosa sobrenatural... Anoche, mirad, yo os había oído decir que teníais empeño en que tocase el órgano, y ufana con esta distinción pensé arreglar sus registros y templar-

le... Vine al coro... sola... En el reloj de la catedral sonaba en aquel momento una hora... las campanas eran tristísimas y muchas... estuvieron sonando todo el tiempo que yo permanecí como clavada en el umbral.

La iglesia estaba desierta y oscura... En el fondo, brillaba una luz moribunda... la luz de la lámpara que arde en el altar mayor que sólo contribuía a hacer visible todo el profundo horror de las sombras. A sus reflejos debilísimos, vi... lo vi madre, no lo dudéis, vi a un hombre que en silencio y vuelto de espaldas hacia el sitio en que yo estaba recorría con una mano las teclas del órgano, mientras tocaba con la otra sus registros y el órgano sonaba; pero sonaba de una manera indescriptible. Cada una de sus notas parecía un sollozo ahogado dentro del tubo que vibraba con tono sordo, casi imperceptible, pero justo.

Y el reloj de la catedral continuaba dando la hora, y el hombre aquel proseguía recorriendo las teclas. El horror había helado la sangre de mis venas; sentía en mi cuerpo como un frío glacial... Entonces quise gritar, pero no pude. El hombre aquel había vuelto la cara y me había mirado... digo mal, no me había mirado, porque era ciego... ¡Era mi padre!

—¡Bah!, hermana, desechad esas fantasías... Rezad un “Paternóster” y un “Ave María” al arcángel San Miguel, jefe de las milicias celestiales, para que os asista contra los malos espíritus. Llevad al cuello un escapulario tocado en la reliquia de San Pacomio abogado contra las tentaciones, y marchad, marchad a ocupar la tribuna del órgano, la misa va a comenzar, y ya esperan con impaciencia los fieles... Vuestro padre está en el cielo, y desde allí, antes que a daros sustos, bajará a inspirar a su hija en esta ceremonia solemne.

La priora fue a ocupar su sillón en el coro en medio de la comunidad. La hija de Maese Pérez abrió con mano temblorosa la puerta de la tribuna para sentarse en el banquillo del órgano.

Comenzó la misa y prosiguió sin que ocurriera nada de nota-

ble hasta que llegó la consagración. En aquel momento sonó el órgano, y al mismo tiempo que el órgano un grito de la hija de Maese Pérez...

La superiora, las monjas y algunos de los fieles corrieron a la tribuna.

—¡Miradle! ¡Miradle! —decía la joven fijando sus desencajados ojos en el banquillo, de donde se había levantado asombrada para agarrarse con sus manos convulsas a la baranda de la tribuna.

Todo el mundo fijó sus miradas en aquel punto. El órgano estaba solo, y no obstante, el órgano seguía sonando... sonando como solo los arcángeles podrían imitarlo en su raptos de místico alborozo.

.....

—¡No os lo dije yo una y mil veces, mi señora doña Baltasara, no os lo dije yo...! ¡Aquí hay busilis! Oídllo, ¡qué!, ¿no estuvistéis anoche en la Misa del Gallo? Pero, en fin, ya sabéis lo que pasó. En toda Sevilla no se habla de otra cosa... El señor arzobispo está hecho, y con razón, una furia... Haber dejado de asistir a Santa Inés; no haber podido presenciar el portentoso... y ¿para qué?, para oír una cencerrada; porque personas que lo oyeron dicen que lo que hizo el dichoso organista de San Bartolomé en la catedral no fue otra cosa... Si lo decía yo. Eso no puede haberlo tocado el bisojo, mentira... aquí hay busilis y el busilis era en efecto, el alma de Maese Pérez.

EL CRISTO DE LA CALAVERA

EL REY DE CASTILLA MARCHABA A LA GUERRA DE MOROS, y para combatir con los enemigos había apelado en son de guerra a todo lo más florido de la nobleza de sus reinos. Las calles de Toledo resonaban con el marcial rumor de atabales y clarines, y no pasaba ahora sin que se oyese el grito de los centinelas, anunciando la llegada de algún caballero que, precedido de su pendón señorial y seguido de jinetes y peones, venía a reunirse al grueso del ejército.

El tiempo que faltaba para emprender el camino de la frontera discurría en medio de fiestas, lujosos convites y lucidos torneos, hasta que, llegada al fin la víspera del día señalado por su alteza para la salida del ejército, se dispuso un postrer sarao, en el que debieran terminar los regocijos.

La noche del sarao, el alcázar de los reyes ofrecía un aspecto singular. En los anchurosos patios, alrededor de inmensas hogueras, y diseminados sin orden ni concierto, se veía una abirragada multitud de pajes, soldados, ballesteros y gente menuda, quienes, estos aderezando sus corceles y sus armas; aquellos saludando con gritos y blasfemias las vueltas de la fortuna, personificada en los dados del cubilete; los otros repitiendo en coro el refrán de un romance de guerra, que entonaba un juglar acompañado de la guzla; los de más allá comprando a un romero

conchas y cruces del Sepulcro de Santiago, o riendo a carcajadas de los chistes de un bufón, o ensayando en los clarines el aire bélico para entrar en la pelea, propio de sus señores, o refiriendo antiguas historias de caballerías o aventuras de amor, o milagros recientemente acaecidos, formaban un atronador conjunto imposible de pintar con palabras.

Sobre aquel revuelto océano de cantares de guerra, rumor, de martillos que golpeaban los yunques, chirridos de limas que mordían el acero, piafar de corceles, voces descompuestas, risas inextinguibles, gritos desaforados notas destempladas, juramentos y sonidos extraños y discordes, flotaban a intervalos, como un soplo de brisa armoniosa, los lejanos acordes de la música del sarao.

Este, que tenía lugar en los salones que formaban el segundo cuerpo del alcázar, ofrecía a su vez un cuadro deslumbrador y magnífico.

Por las extensas galerías que se prolongaban formando un laberinto de pilastras esbeltas y ojivas caladas y ligeras como el encaje; por los espaciosos salones vestidos de tapices, donde la seda y el oro habían representado, con mil colores diversos, escenas de amor, de caza y de guerra y adornados con trofeos de armas y escudos, sobre los cuales vertían un mar de chispeante luz lámparas y candelabros de bronce, plata y oro, por todas partes a donde se volvían los ojos, se veía oscilar y agitarse en distintas direcciones una nube de damas hermosas con ricas vestiduras chapadas en oro, redes de perlas aprisionando sus rizos, joyas de rubíes llameando sobre su seno, plumas sujetas en vaporoso cerco a un mango de marfil, colgadas del puño, que acariciaban sus mejillas, o alegres turbas de galanes con talabartes de terciopelo, justillos de brocado y calzas de seda, boceguíes de tafilete, capotillos de mangas perdidas y caperuza, puñales con pomo de filigrana y estoques de corte bruñidos, delgados y ligeros.

Pero entre esta juventud brillante y deslumbradora, que los ancianos miraban desfilar con una sonrisa de gozo, sentados en los altos sitios que rodeaban el estrado real, llamaba la atención, por su belleza incomparable, una mujer aclamada reina de la hermosura en todos los torneos y las cortes de la época, cuyos colores habían adoptado por emblema los caballeros más valientes, cuyos encantos eran asunto de las coplas de los trovadores; a la que suspiraban en secreto todos los corazones, alrededor de la cual se veían agruparse con afán, como vasallos humildes en torno de su señora, los más ilustres vástagos de la nobleza toledana, reunida en el sarao de aquella noche.

Los que asistían a formar el séquito de presuntos galanes de doña Inés de Tordesillas, que tal era el nombre de aquella hermosa, a pesar de su carácter altivo y desdeñoso, no desmayaban jamás en sus pretensiones; y éste, animado con una sonrisa que había creído adivinar en sus labios; aquel, con una mirada benévola que juzgaba haber sorprendido en sus ojos; el otro, con una palabra lisonjera, un ligerísimo favor o una promesa remota, cada cual esperaba en silencio ser el preferido. Sin embargo, entre todos ellos habían dos que más se distinguían por su asiduidad y que al parecer, si no los predilectos de la hermosa, podrían calificarse de los más adelantados hacia su corazón. Estos dos caballeros, iguales en cuna, valor y nobles prendas, servidores de un mismo rey y pretendientes de una misma dama, llamábanse Alonso de Carrillo el uno, y el otro Lope de Sandoval.

Ambos habían nacido en Toledo: juntos habían hecho sus armas, y en un mismo día, al encontrarse sus ojos con los de doña Inés se sintieron poseídos de un secreto y ardiente amor por ella, amor que germinó algún tiempo cedido y silencioso, pero que al cabo comenzaba a descubrirse y a dar involuntarias señales de existencia en sus acciones y discursos.

En los torneos, en los juegos florales, siempre que se les había presentado coyuntura para rivalizaren gallardía o donaire,

la habían aprovechado con afán ambos caballeros, ansiosos de distinguirse a los ojos de su dama; y aquella noche, impelidos por un mismo afán, de pie junto al sitio donde ella se reclinó un instante después de haber dado una vuelta por los salones, comenzaron una elegante lucha de frases ingeniosas y epigramas embozados y agudos.

Los astros menores de esta brillante constelación, formando un dorado semicírculo en torno de ambos galanes, reían, y esforzaban las delicadas burlas; y la hermosa, objeto de aquel torneo de palabras, aprobaba con una imperceptible sonrisa los conceptos escogidos o llenos de intención que, ora salían de labios, de sus oradores como una ligera onda de perfume que halagaba su vanidad, ora partían como una saeta aguda que iba a buscar, para clavarse en él, el punto más vulnerable del contrario: su amor propio.

Ya el cortesano combate de ingenio y galanura comenzaba a hacerse cada vez más crudo. Las frases eran aún corteses en la forma, pero breves, secas, y al pronunciarlas, si bien las acompañaba una ligera dilatación de los labios, semejante a una sonrisa, los ligeros relámpagos de los ojos, imposibles de ocultar, demostraban que la cólera hervía comprimida en el seno de ambos rivales.

La situación era insostenible. La dama lo comprendió así, y levantándose del sitio se disponía a volver a los salones, cuando un nuevo incidente vino a romper la valla del respetuoso comedimiento en que se sostenían los dos enamorados. Tal vez con intención, acaso por descuido, doña Inés había dejado sobre su falda uno de los perfumados guantes, cuyos botones de oro se entretenía en arrancar uno a uno mientras duró la conversación. Al ponerse de pie, el guante resbaló por entre los anchos pliegues de seda, y cayó en la alfombra. Al verlo caer, todos los caballeros que formaban su brillante comitiva se inclinaron presurosos a recogerlo, disputándose el honor de alcanzar un leve movimiento de cabeza en premio de su galantería.

Al notar la precipitación con que todos hicieron el ademán de inclinarse, una imperceptible sonrisa de vanidad satisfecha asomó a los labios de la orgullosa doña Inés, que después de hacer un saludo general a los galanes, que tanto empeño mostraban en servirla, sin mirar apenas y con la mirada alta y desdenosa, tendió la mano para recoger el guante en la dirección que se encontraban Lope y Alonso, los primeros que parecían haber llegado al sitio en que cayera. En efecto, ambos jóvenes habían visto caer el guante cerca de sus pies; ambos se habían inclinado con igual presteza a recogerle, y al incorporarse cada cual le tenía asido por un extremo. Al verlos inmóviles, desafiándose en silencio con la mirada, y decididos ambos a no abandonar el guante que acababan de levantar del suelo, la dama dejó escapar un grito involuntario, que ahogó el murmullo de los asombrados espectadores, que presentían una escena borrascosa, que en el alcázar y en presencia del rey sería un horrible desacato.

No obstante, Lope y Alonso permanecían impasibles, mudos, midiéndose, con los ojos, de la cabeza a los pies, sin que la tempestad de sus almas se revelase más que por un ligero temblor nervioso, que agitaba sus miembros como si se hallasen acometidos de una repentina fiebre.

Los murmullos y las exclamaciones iban subiendo de punto: la gente comenzaba a agruparse en torno de los actores de la escena: doña Inés, o aturdida ó complaciéndose en prolongarla, daba vueltas de un lado a otro, como buscando donde refugiarse y evitar las miradas de la gente, que cada vez acudía en mayor número. La catástrofe era ya segura: los dos jóvenes habían ya cambiado algunas palabras en voz sorda, y mientras con la una mano sujetaban el guante con una fuerza convulsiva, parecían ya buscar instintivamente con la otra el puño de oro de sus dagas, cuando se entreabrió respetuosamente el grupo que formaban los espectadores y apareció el rey.

Su frente estaba serena: ni había indignación en su rostro ni cólera en su ademán.

Tendió una mirada alrededor, y su mirada fue bastante para conocer lo que pasaba. Con toda la galantería del doncel más cumplido, tomó el guante de las manos de los caballeros, que, como movidos por un resorte, se abrieron sin dificultad al sentir el contacto de la del monarca y volviéndose a doña Inés de Tordesillas, que, apoyada en el brazo de una dueña, parecía próxima a desmayarse, exclamó, presentándolo, con acento, aunque templado, firme:

—Tomad, señora, y cuidado de no dejarle caer en otra ocasión, donde, al devolvérosle, os lo devuelvan manchado de sangre.

Cuando el rey terminó de decir estas palabras, doña Inés, no acertaremos a decir si a impulsos de la emoción o por salir más airosa del paso, se había desvanecido en brazos de los que la rodeaban.

Alonso y Lope, mordiéndose los labios hasta hacerse brotar la sangre, se clavaron una mirada tenaz e intensa. Una mirada equivalente a un bofetón, a un guante arrojado al rostro, a un desafío a muerte.

II

Al llegar la medianoche, los reyes se retiraron a su cámara. Terminó el sarao, y los curiosos de la plebe que aguardaban con impaciencia este momento, formando grupos y corrillos en las avenidas del palacio, corrieron a estacionarse en la cuesta de alcázar, los miradores y el Zocodover.

Durante una o dos horas, en calles inmediatas a estos puntos reinó un bullicio, una animación y un movimiento indescribible. Por todas partes se veían cruzar escuderos caracoleando

en sus corceles ricamente enjaezados, reyes de armas con lujosas casullas llenas de escudos y blasones, timbaleros vestidos de colores vistosos, soldados cubiertos de armaduras resplandecientes, pajes con capotillos de terciopelo y birretes coronados de plumas, y servidores de a pie que precedían las lujosas literas y las andas cubiertas de ricos paños, llevando en sus manos grandes hachas encendidas, a cuyo rojizo resplandor podía verse a la multitud, que, con cara atónita, labios entreabiertos y ojos espantados miraban con asombro a todo lo mejor de la nobleza castellana, rodeada en aquella ocasión de un fausto y un esplendor fabuloso.

Luego, poco a poco fue cesando el ruido y la animación; los vidrios de colores de las altas ojivas del palacio dejaron de brillar; atravesó por entre los apiñados grupos la última cabalgata; la gente del pueblo, a su vez, comenzó a dispersarse en todas direcciones, perdiéndose entre las sombras del enmarañado laberinto de calles oscuras, estrechas y torcidas, y ya no turbaba el profundo silencio de la noche más que el grito lejano de vela de algún curioso que se retiraba el último, o el ruido que producían las aldabas de algunas puertas al cerrarse, cuando en lo alto de la escalinata que conducía a la paltaforma del palacio apareció un caballero, el cual, después de tender la vista por todos lados como buscando a alguien que debía esperarle, descendió lentamente hasta la cuesta del alcázar por la que se dirigió hacia el Zocodover.

Al llegar a la plaza de este nombre se detuvo un momento y volvió a pasear la mirada a su alrededor. La noche estaba oscura, no brillaba una sola estrella en el cielo, ni en toda la plaza se veía una sola luz; no obstante allá, a lo lejos, y en la misma dirección en que comenzó a percibirse un ligero ruido como de pasos que iban aproximándose, creyó distinguir el busto de un hombre: era, sin duda, el mismo a quien parecía aguardaba con tanta impaciencia.

El caballero que acababa de abandonar el alcázar para diri-

girse al Zocodover era Alonso Carrillo, que, en razón al puesto de honor que desempeñaba cerca de la persona del rey, había tenido que acompañarle en su cámara hasta aquellas hora. El que saliendo de entre las sombra de los arcos que rodean la plaza vino a reunírsele, Lope de Sandoval. Cuando los dos caballeros se hubieron reunido, cambiaron algunas frases en voz baja.

—Presumí que me aguardabas —dijo el uno.

—Esperaba que lo presumirías —contestó el otro.

—Y ¿adónde iremos?

—A cualquiera parte en que se puedan hallar cuatro palmos de terreno donde revolverse y un rayo de claridad que nos alumbré.

Terminado este brevísimo diálogo los dos jóvenes se internaron por una de las estrechas calles que desembocan en el Zocodover, desapareciendo en la oscuridad como esos fantasmas de la noche que, después de aterrar un instante al que los ve, se deshacen en átomos de niebla y se confunden en el seno de las sombras.

Largo rato anduvieron dando vueltas a través de las calles de Toledo, buscando un lugar a propósito para terminar sus diferencias; pero la oscuridad de la noche era tan profunda, que el duelo parecía imposible. No obstante ambos deseaban batirse, y batirse antes que rayase el alba, pues al amanecer debían partir las huestes reales, y Alonso con ellas.

Prosiguieron, pues, al azar plazas desiertas, pasadizos sombríos, callejones estrechos y tenebrosos, hasta que, por último, vieron brillar a lo lejos una luz, una luz pequeña y moribunda, en torno de la cual la niebla formaba un cerco de claridad fantástica y dudosa.

Habían llegado a la calle del Cristo, y la luz que se divisaba en uno de sus extremos parecía ser la del farolillo que alumbraba en aquella época, y alumbraba aún, a la imagen que le da su nombre.

Al verla, ambos dejaron escapar una exclamación de júbilo, y apresurando el paso en su dirección no tardaron mucho en encontrarse junto al retabio en que ardía.

Un arco rehundido en el muro, en el fondo del cual se veía la imagen del Redentor enclavado en la cruz y con una calavera al pie; un tosco cobertizo de tablas que lo defendía de la intemperie, y el pequeño farolillo colgado de una cuerda que lo iluminaba débilmente, vacilando al impulso del aire formaban todo el retablo, alrededor del cual colgaban algunos festones de hiedra que habían crecido entre los oscuros y rotos sillares, formando una especie de pabellón de verdura.

Los caballeros, después de saludar respetuosamente la imagen de Cristo, quitándose los birretes y murmurando en voz baja una corta oración, reconocieron el terreno con una ojeada, echaron a tierra sus mantos y, dándose la señal con un leve movimiento de cabeza, cruzaron los estoques. Pero apenas se habían tocados los aceros y antes que los combatientes hubiesen podido dar un solo golpe, la luz se apagó de repente y la calle se quedó sumida en la oscuridad más profunda. Al verse rodeados de repentinas nieblas, los dos combatientes dieron un paso atrás, bajaron al suelo las puntas de sus espadas y levantaron los ojos hacia el farolillo, cuya luz, momentos antes apagada, volvió a brillar de nuevo al suspenderse la pelea.

—Será alguna ráfaga de aire que ha abatido la llama al pasar —exclamó Carrillo volviendo a ponerse en guardia y previniendo con una voz a Lope, que parecía preocupado.

Lope dio un paso adelante para recuperar el terreno perdido, tendió el brazo y los aceros se tocaron otra vez; mas al tocarse, la luz se tornó a apagar por sí misma, permaneciendo así mientras no se separaron los estoques.

—En verdad que esto es extraño —murmuró Lope mirando al farolillo, que espontáneamente había vuelto a encenderse y se mecía con lentitud en el aire, derramando una claridad trémula y extraña sobre el amarillo cráneo de la calavera colocada a los

pies de Cristo.

—¡Bah! —dijo Alonso—. Será que la beata encargada de cuidar del farolillo se roba el aceite, por lo cual la luz, próxima a morir, luce y se oscurece a intervalos —Y dichas estas palabras, el impetuoso joven tornó a colocarse en actitud de defensa. Su contrario le imitó pero esta vez, no tan solo volvió a rodearlos una sombra espesísima e impenetrable, sino que al mismo tiempo hirió sus oídos el eco profundo de una voz misteriosa, semejante a esos largos gemidos del vendaval que parece que se queja y articula palabras al correr aprisionado por las torcidas, estrechas y tenebrosas calles de Toledo.

Qué dijo aquella voz medrosa y sobrehumana, nunca pudo saberse pero al oírla, ambos jóvenes se sintieron poseídos de tan profundo terror, que las espadas se escaparon de sus manos, el cabello se les erizó y por sus cuerpos, que estremecía un temblor involuntario, y por sus frentes, pálidas y descompuestas, comenzó a correr un sudor frío como el de la muerte.

La luz, por tercera vez apagada, por tercera vez volvió a resucitar, y las tinieblas se disiparon.

—¡Ah! exclamó Lope al ver a su contrario que antes fuera su mejor anigo, asombrado como él, pálido e inmóvil—; Dios no quiere permitir este combate, porque es lucha fratricida y ofende al cielo, ante el cual nos hemos jurado cien veces amistad eterna. Y esto diciendo se arrojó en los brazos de Alonso, que le estrechó entre los suyos con una fuerza y una efusión indecibles.

Pasados algunos minutos, durante los cuales ambos jóvenes se dieron toda clase de muestras de amistad y cariño, Alonso exclamó:

—Lope, yo sé que amas a doña Inés; ignoro si tanto como yo, pero la amas.

Puesto que un duelo entre nosotros es imposible, encomendemos nuestra suerte en sus manos. Que ella decida cuál ha de ser el dichoso, cuál el infeliz.

Su decisión será respetada por ambos, y el que no merezca

sus favores mañana saldrá con el rey de Toledo, e irá a buscar consuelo en la guerra.

—Pues tú lo quieres, sea —contestó Lope.

Y el uno apoyado en el brazo del otro, los dos amigos se dirigieron hacia la catedral, en cuya plaza, y en un palacio del que ya no quedan ni aún restos, habitaba doña Inés de Tordesillas.

Estaba por aclarar y como algunos parientes de doña Inés, sus hermanos entre ellos, marchaban al otro día con el ejército, no era imposible que en las primeras horas de las mañanas pudiesen entrar en su palacio.

Animados con esta esperanza llegaron, en fin, al pie de la gótica torre del templo; mas al llegar a aquel punto, un ruido particular llamó su atención, y deteniéndose en uno de los ángulos, ocultos entre las sombras de los altos machones que flanquean los muros, vieron, no sin grande asombro, abrirse el balcón del palacio de su dama, aparecer en él un hombre que se deslizó hasta el suelo con la ayuda de una cuerda, y, por último, una forma blanca, doña Inés sin duda, que, inclinándose sobre el calado antepecho, cambió algunas tiernas frases de despedida con su misterioso galán.

El primer movimiento de los dos jóvenes fue echar manos a sus espadas, pero deteniéndose como heridos de una idea súbita, volvieron los ojos a mirarse, y se hubieron de encontrar con una cara de asombro tan cómica, que ambos prorrumpieron en una ruidosa carcajada, carcajada que, repitiéndose de eco en eco en el silencio de la noche, resonó en toda la plaza.

Al oírla, la forma blanca desapareció del balcón, se escuchó el ruido de las puertas que se cerraron con violencia, y todo volvió a quedar en silencio.

Al día siguiente, la reina, colocada en un estrado lujosísimo, veía desfilar las huestes que marchaban a la guerra de moros, teniendo a su lado a las damas más principales de Toledo. Entre ellas estaba doña Inés de Tordesillas, en la que aquel día, como

siempre, se fijaban todos los ojos; pero, según a ella le parecía advertir, con diversa expresión que la de costumbre. Diríase que en todas las curiosas miradas que a ella se volvían retozaba una sonrisa burlona.

Este descubrimiento no dejaba de inquietarla algo, sobre todo teniendo en cuenta las ruidosas carcajadas que la noche anterior había creído percibir a lo lejos y en uno de los ángulos de la plaza, cuando cerraba el balcón y despedía a su amante; pero al mirar a entre las filas de los combatientes, que pasaban por debajo del estrado lanzando chispas de fuego de sus brillantes armaduras, y envueltos en una nube de polvo, los pendones reunidos de las casas de Carrillo y Sandoval; al ver la significativa sonrisa que al saludar a la reina le dirigieron los dos antiguos rivales que cabalgaban juntos, todo lo adivinó, y la púrpura de la vergüenza enrojeció su frente, y brilló en sus ojos una lágrima de despecho.